295

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.

MADRID,
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1853.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Ordaña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Móles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

[658:16]

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

M. Grandi, Angel

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUUEZ, FACTOR, 9.
1857.

La propiedad de esta comedia pertenece á su traductor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la galeria lírico-dramática El Teatro, *son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.*

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

La fama de la comedia del hijo de Dumas titulada *Le demi monde*, y su gran mérito como obra del arte, confirmado recientemente en el concurso de Paris para adjudicar el premio Montion á la mejor obra dramática, me movieron á arreglarla á la escena española, superando cuanto me fué posible la dificultad que ofrecia su argumento, fundado en costumbres de la sociedad de Paris que no existen en España.

Conocí que era preciso sustituir á la vida de las *Loretas*, que forma alli un vicio social muy generalizado y conocido, otro vicio análogo de nuestra sociedad, y procuré retratar el de ciertas reuniones de Madrid, donde se encubre con bailes y conciertos el vicio del juego, que es el objeto principal de las fiestas, y donde suele concurrir cierta clase de mujeres de no muy limpia fama. Con esta variante, indispensable á mi entender, he procurado aprovechar el artificio admirable de la trama y la naturalidad sorprendente del desenlace, disminuyendo al mismo tiempo la inmoralidad de ciertos pormenores, que es á mi juicio el único defecto de la obra original.

Pero al presentarla para su ejecucion en el teatro del Circo, supe que otro, en uso de su derecho, se habia adelantado á traducirla, conservando la escena en Paris y dándola el nombre de *Susana*; la cual estaba ya admitida y próxima á representarse, como en efecto se representó.

Con el fin, pues, de que el público pueda juzgar esta leida, ya que nó pudo ponerse en escena, la doy á la estampa, á pesar de no haber podido recibir antes, como es costumbre, el fallo respetable del público espectador.

ANGEL IZNARDI.

PERSONAJES.

D. CESAR DE GUZMAN (30 años).
D. JUSTO MENDOZA (30 años).
EL DUQUE DE CUMBRES MAYORES (55 años.)
D. MARCOS MORALES (30 años).
MAGDALENA, condesa viuda de Montevano (28 años).
DOÑA LEONOR DE GARCIPEREZ (30 años).
CÁNDIDA (16 años).
LA VIZCONDESA DEL EGIDO (35 años).
DOS CRIADOS y UNA CRIADA.

La escena es en Madrid: el primero y quinto acto en casa de Mendoza, el segundo en casa de la Vizcondesa, el tercero y cuarto en casa de Magdalena.

ACTO PRIMERO.

En casa de Mendoza.

ESCENA PRIMERA.

La VIZCONDESA *y* MENDOZA.

VIZC. ¿Conque me promete usted que el lance no tendrá consecuencia?

MEND. No debe tenerla.

VIZC. Ya ve usted que vengo personalmente á saberlo, á riesgo de encontrar aqui... ¡sabe Dios á quién!

MEND. ¿Es decir que yo recibo en mi casa gente... de poco mas ó menos?

VIZC. Asi dicen.

MEND. Pues crea usted que si algunas señoras vienen aqui, son amigas de usted.

VIZC. ¡Buenas amigas serán ellas!

MEND. Pero al fin y al cabo, ¿qué tiene de particular que usted se interese por dos amigos, los señores Garcés y Urdaneta, que han tenido una mala inteligencia en el juego en casa de usted? Ha venido á ser necesaria una explicacion que ha de verificarse aqui, como que yo soy el padrino del señor de Garcés, y usted viene á pedirme que se arregle amistosamente. ¿Hay cosa mas natural?

VIZC. Es verdad; pero deseo que no se sepa mi venida... no quisiera que se hiciese público en Madrid que en mi casa se juega. Si este asunto acabase mal, podria formarse causa, y yo no quiero aparecer ni aun como testigo ante un tribunal, ni que salga mi nombre en los periódicos. Si yo permito juego en mi casa, es solo porque se distraigan los que me favorecen; pero no para que riñan ni causen escándalo. Asi que, si llegan á matarse ó herirse, me ha de hacer usted el favor de que no suene para nada mi casa ni mi nombre, ni aun indirectamente.

MEND. Convenido.

VIZC. Pues me voy, porque la de Garciperez no viene.

MEND. Pues qué, ¿tenia que venir aqui?

VIZC. Me dijo: yo iré á buscarte en casa de Mendoza; con eso veré á aquel mala cabeza. Pero es tan aturdida, que ya se le habrá olvidado, y yo no puedo aguardar mas. Conque adios... ¿No me pregunta usted por mi sobrina Cándida, que me ha dicho tantas cosas para usted?

MEND. ¡Cuánto se lo agradezco!... digo... si no es puro cumplimiento.

VIZC. No por cierto, aunque bien sabe que usted no se ha de casar.

MEND. Asi es la verdad: con nadie.

VIZC. En peor sitio pudiera usted caer.

MEND. El caer siempre es malo.

VIZC. Pues, amigo mio, sepa usted que tenemos cosa mejor.

MEND. ¿De veras?

VIZC. Usted ni es rico ni pertenece á la alta nobleza.

MEND. Ya usted lo sabe, no tengo mas que cien mil reales de renta mondos y lirondos; sin títulos, cruces ni ejecutorias.

VIZC. ¿En papel?

MEND. No, en fincas, que me dejó mi honrado padre.

VIZC. Eso es mejor; pero tiene usted familia.

MEND. Todos tenemos familia. La mia se reduce á mi madre, casada segunda vez. Con motivo del pleito que seguí con su segundo marido para sacar la herencia de mi padre, nos vemos raras veces, y no creo que me conserve mucho cariño. La madre viuda que se casa suele querer poco á los primeros hijos. Esto ha hecho que desde muy jóven viva yo independiente, entregado á

mí mismo... En los primeros años fuí, es cierto, algo calavera, contraje algunas deudas; pero á poco volví en mí y hoy creo ser un hombre regular, no indigno de la sobrina de usted. Hubo un tiempo, amiga mia, en que temí dar con ella el paso terrible. ¡Me interesaba tanto su cualidad de huérfana, su inocente franqueza!

VIZC. ¿A usted?

MEND. A mí, si, señora. Sin saber cómo, me iba apasionando... y si hubiera seguido yendo á casa de usted, como que me precio de hombre honrado, hubiera concluido por casarme con ella, por mas que fuese una locura.

VIZC. Si, porque es pobre.

MEND. No por eso: no soy yo hombre de casarme con el dinero. Hay otra razon.

VIZC. ¿Y cuál es, si yo puedo saberla?

MEND. Los hombres corridos cuando llegamos á casarnos es para encontrar en la mujer que elegimos las cualidades que no hemos encontrado en las mujeres de nuestros amigos, y solemos buscar una que no conozca las intrigas de cierta clase de sociedad. Esas solteras que antes de casarse tienen ya formada su reputacion, y se las conoce por su nombre y no por el de su padre, suelen ser luego malas esposas. Ahí tiene usted á nuestra amiga la de Garciperez.

VIZC. Pues qué, ¿quiere usted comparar el carácter de mi sobrina con el de esa señora?

MEND. No digo yo tal; pero esa señora, separada de un marido que nadie conoce y con una conducta como la suya, ha sido y es la amiga íntima de Cándida. ¿Le parece á usted conveniente semejante compañia para una jóven de diez y seis años como su sobrina de usted? La gente suele juzgar del que no conoce por las personas que le acompañan, segun el adagio español: *Dime con quién andas, te diré quién eres.*

VIZC ¿Qué quiere usted? la de Garciperez está abonada al teatro Real; tiene coche, y la pobre Cándida se aprovecha de estas circunstancias... mi situacion no permite semejantes gastos, y ella no se distiraeria nunca. ¿Pero usted nota algo en su conducta?...

MEND. Nada noto; pero da qué decir, la galantean muchos, y aunque ella es honrada,

Si muchos halcones
la garza combaten,
á fé que la maten.

VIZC. No diga usted eso, por Dios.

MEND. Usted cometió un error en no colocarla en casa del duque de Cumbres Mayores, cuando ha tres años queria educarla con su hija. Cándida viviria hoy en una casa respetable y podria hacer una boda que dificulto mucho logre hacer ya.

VIZC. La quiero mucho para separarme de ella.

MEND. ¿Y no conoce usted que ese egoismo puede darla á usted que sentir y á ella derecho á reconvenirla á usted?

VIZC. No me dará tal, porque si ella quiere antes de un mes estará casada, y será, no lo dude usted, una esposa excelente. Las mujeres son lo que las hacen los maridos.

MEND. Y los maridos son lo que los hacen las mujeres. Y esta vez ¿quién es el dichoso mortal?

VIZC. Un jóven.

MEND. ¿Amante y amado de Cándida?

VIZC. Eso es lo de menos. Cuando hay amor antes de casarse, el matrimonio lo mata: cuando no lo hay, el casamiento y el trato lo producen.

MEND. Habla usted como un libro. ¿Y de dónde ha salido ese jóven?

VIZC. El señor de Urdaneta lo ha presentado en casa.

MEND. Pues si ese lo ha presentado, será género de pacotilla con mezcla de algodon.

VIZC. No lo crea usted. Yo entiendo algo de trato y conozco á los hombres: este es persona decente y de educacion. Es comandante con grado de coronel, y acaba de llegar de la Habana, rico, noble, de treinta años; en fin, el marido que conviene á mi Cándida, sin familia... solo tiene una hermana viuda, que vive retirada allá en sus haciendas de Andalucia. En cuanto usted le conozca me ha de decir que tengo razon. Si mañana quisiera mi sobrina, mañana mismo se haria la boda. No conoce en Madrid mas que á Urdaneta, á mi sobrina y á mí. Usted debe conocerlo hoy.

MEND. ¿Yo? ¿pues cómo?

VIZC. Porque es el padrino de Urdaneta.

MEND. ¡Ah! es un don César de Guzman que me dejó ayer tar-

jeta y dijo que volveria hoy á las tres.

VIZC. El mismo. Pues ahora, si se hacen ustedes amigos como es probable, y habla de Cándida, no vaya usted á repetirle las tonterias que acaba de decir. [1]

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA LEONOR.

VIZC. Venga usted, querida mia, ¿de dónde viene usted ahora?

LEONOR. ¡Ay! no me hable usted de eso, que estoy hasta las puntas de los cabellos. Y usted ¿qué tal? [2]

MEND. Perfectamente.

LEONOR. Figúrense ustedes que entra la modista y tengo que probarme un vestido de maja para los toros... ya verá usted qué bien está... [3] en seguida salgo para alquilar un coche de dos caballos en casa de Lázaro... carruaje abierto... me presentan al cochero... bien vestido... En seguida á casa de mi casero, que vive una leguae ya sabe usted que me mudo... [4] ¿Cuánto le cuesta á usted este cuarto?

MEND. Doce mil reales.

LEONOR. Pero esta calle del Barquillo está muy retirada... bien: podrian matarla á una sin que nadie lo supiera. Yo he tomado uno en la casa nueva de la calle de Atocha... me cuesta catorce mil y el portero. La sala con papel carmesí, el gabinete de brocatel amarillo, y el tocador de raso de china azul... luego voy á renovar todos los muebles. ¡Oh! estará precioso.

MEND. Diga usted, ¿y para pagar toda esa volateria?...

LEONOR. ¿Pues que no tengo yo mi dote?

MEND. Si, pero á ese paso...

LEONOR. Todavia me quedan seis mil duros... querida, si te se ofrece dinero, te recomiendo á mi prestamista... dos por ctento al mes. Le he entregado los títulos del olivar de Córdoba, y sin aguardar á que se venda, el dinero en la mano... veinte mil reales sin mas descuento que los intereses de un año. ¡Oh! es un santo varon.

1 Un criado sale á anunciar á la señora de Garciperez.
2 A Mendoza.
3 A la Vizcondesa.
4 A Mendoza.

Ya ves, yo no podia aguadar á la venta... ahora voy á tomar el dinero.

MEND. Ese prestamista, es un don Dimas, canoso, alto, delgado, gran cadena de oro, camisa bordada, botones de esmalte en el chaleco...

LEONOR. Pues tiene un aire muy distinguido.

MEND. Eso es segun los gustos. ¡Valiente ladron! Le conozco desde mi menor edad. Pues en manos de ese santo, no llevarán mal paso los seis mil duros. ¿Y asi que se acaben?

LEONOR. ¿Pues qué no tengo yo ahí á mi marido? Tendrá que señalarme una mesada como que soy su mujer, casada y velada en la parroquia de San Sebastian; y si no me queda otro recurso, me reuniré con él.

MEND. ¡Qué marido tan dichoso! Supongamos que se niega á esa última combinacion.

LEONOR. No puede negarse... si no estamos separados judicialmente. Yo puedo volver cuando quiera al domicilio conyugal. No tiene mas remedio que recibirme... ¡pero qué! si está enamorado de mí como un Abelardo.

MEND. Será curiosa de ver esa reconciliacion.

LEONOR. Pues usted la verá. Pero acabemos: [1] he dado una vuelta por el Retiro antes de venir, y he encontrado alli á nuestros amigos el Condesito, Ramirez Perez, el señor de la Tierraumbria... les he convidado á tomar chocolate á casa, ¿usted tambien vendrá? [2]

MEND. No, gracias.

LEONOR. He tomado una platea; cantan la Penco y Frasquini... tambien he pagado la cuenta de mi modista y la he despedido... se va achavacanando mucho. Ahí tienen ustedes mi jornada de hoy.—¡Ah! se me olvidaba; el martes comemos en casa de Tierraumbria... tengo el encargo de convidar á las señoras... Usted y Cándida las primeras.

MEND. ¡Infeliz mujer!

LEONOR. ¿Qué tiene usted?

MEND. Lástima de esa persona.

LEONOR. ¡Lástima! ¿Y por qué?

MEND. Porque la merece usted, y si no alcanza la razon ¿á qué perder el tiempo en explicársela?

1 A la Vizcondesa.
2 A Mendoza.

LEONOR. Ya decia yo que tenia algo que decir á usted.

MEND. (Ni oye lo que la dicen, qué cabeza.) [1] ¿Y qué es lo que usted quiere saber de mí?

LEONOR. ¿Qué es de la Condesa Magdalena? ¿Ha tenido usted noticia.

MEND. ¡Yo! ¿Por dónde, señora?

LEONOR. ¿Pues qué, no le ha escrito á usted de Cádiz?

MEND. No por cierto.

LEONOR. A mí me lo cuenta usted, cuando yo...

MEND. ¿Usted qué? [2]

LEONOR. Llevaba las cartas al correo. Sepa usted que soy muy capaz de guardar un secreto, aunque parezco ligera. ¡Y qué cartas escribia tan interesantes! [3]

MEND. ¿Por qué es esa risa?

LEONOR. Porque usted me niega lo que yo sé mejor que usted.

MEND. Pues bien, no sé de esa señora hace mas de quince dias.

LEONOR. Justamente, el tiempo que hace que yo falto de allí.

MEND. ¿Y tampoco ha escrito á usted?

LEONOR. Si ella no escribe nunca.

MEND. No comprendo á esta mujer. ¿Pero qué es eso que tiene usted? [4]

LEONOR. ¿En dónde?

MEND. Ahi.

VIZC. [5] Quiere hacerte rabiar.

MEND. Alrededor de los ojos, una mancha negra.

LEONOR. La de todos. ¿Querrá usted decir que me pinto las ojeras y las cejas? Es cosa dura: la mitad de los que me tratan creen que me pinto la cara.

MEND. Y la otra mitad lo aseguran.

LEONOR. ¿Está usted en su juicio?

MEND. ¿Conque no se pone usted blanquete?

LEONOR. Polvos de arroz como todas.

MEND. ¿Y color?

LEONOR. Nunca.

MEND. ¿Nunca?

LEONOR. Muy poco por las noches, y eso rara vez.

1 Aparte.
2 Riéndose.
3 Se rie.
4 Señalando á los ojos.
5 A Leonor.

MEND. ¿Y no se pinta usted los ojos?
LEONOR. Y si es moda.
MEND. No entre las señoras de buen gusto.
LEONOR. Y si hace favor á la cara, ¿por qué no? Todo el mundo sabe que yo soy una señora de circunstancias.
MEND. Pero si se conoce á la legua.
VIZC. ¡Jesus, qué charlatana estás! ¿Nos iremos hoy?
LEONOR. Si quieres te llevaré á ver mi casa nueva.
VIZC. Vamos, pues, que ahora tengo tiempo.
LEONOR. Venga usted y me aconsejará sobre la colgudura. [1]
MEND. No puedo salir, aguardo precisamente á un amigo.
LEONOR. ¿A quién?
MEND. A un amigo mio.
LEONOR. ¿Pero cómo se llama?
MEND. ¿Y qué puede interesar á usted su nombre?
LENTOR. Nada, por saberlo.
MEND. Pues bien, se llama Marcos Morales. Acaba de volver á Madrid despues de viajar diez años por Europa. Es hijo de un comerciante de Málaga que negocia en aceites. ¿Quiere usted saber mas? ¿Le conoce usted?
LEONOR. No por cierto.
VIZC. ¿Es casado?
MEND. Si señora.
LEONOR. Conoce usted á su mujer.
MEND. Y á su hijo tambien.
LEONOR. ¡Conque tiene un hijo!
MEND. De unos 5 ó 6 años. ¿Pero qué puede esto importarle á usted si no le conoce?
LEONOR. ¿Y dónde vive?
MEND. Vaya, que es mucha curiosidad. En la casa nueva de Cordero, Puerta del Sol. Si quiere usted conocerlo, no tardará en venir.
LEONOR. No, no: no quiero verle.
MEND. ¿Qué es eso? ¿Que le ha dado á usted?
LEONOR. Nada, nada: adios.
CRIADO. El señor don Marcos Morales.
MEND. ¿Quiere usted?...
LEONOR. No señor. [2]

1 A Mendoza.
2 Se baja el velo, y se va por delante de Morales con la Vizcondesa.

ESCENA III

MORALES *y* MENDOZA.

MEND. ¿Cómo te vá?
MOR. Bien ¿y á tí?
MEND. Perfectamente. ¿Qué sabes de tu mujer?
MOR. Todo el mundo está bueno. Dime, ¿quién es esa señora que sale ahora de aqui?
MEND. La viuda de Garciperez.
MOR. ¡Ah! Leonor.
MEND. ¿La conoces?
MOR. A ella no, pero á su marido mucho.
MEND. Pues qué, es en efecto casada como dice?
MOR. Oh, indudablemente.
MEND. Cuenta que su marido obró muy mal con ella.
MOR. Con efecto, la primera obra mala fué casarse con tal mujer.
MEND. Ha venido aqui á buscar á la otra que va con ella... pero cuando oyó tu nombre se turbó... dice sin embargo que no te conoce.
MOR. No nos hemos hablado, pero sabe que yo sé su vida y milagros.
MEND. Sin duda, por eso... y el tal Garciperez, pues que vive, ¿dónde se halla?
MOR. Su marido no tiene ese nombre. El que ella lleva es de su madre, porque el marido la prohibió llevar el suyo.
MEND. ¿Pues que hizo para tal castigo?
MOR. Engañar indignamente á un hombre honrado, que tuvo la desgracia de enamorarse perdidamente de ella, bien es verdad que era hermosísima, pero enteramente pobre. El novio rico, jóven y tímido para declararse, halló un amigo pérfido, que lo presentó en la casa y pidió para él la mano de Leonor, siendo testigo de la boda.
MEND. Y tú serias el otro testigo.
MOR. No. A los seis meses vino á contarme el marido, que el infame que lo habia casado era el galan de su mujer. Lo buscó, lo mató en desafio, y desapareció de su casa, dejando á su mujer el dote de medio millon que

le habia reconocido; pero prohibiéndola decir quién era su marido; y hace diez años que no se ven ni se oyen

MEND. ¿Y dónde está ahora el marido?

MOR. Vive en el extranjero. En Paris le ví yo hace dos meses. ¿Y la que va con ella, es su madre acaso?

MEND. No; esa mujer es el resto de una nobilísima vizcondesa, á quien el amor al lujo y á los placeres ha ido metiendo en la mala sociedad, despues de haber arruinado á su marido, que tomó el partido de morirse. En el dia, con lo que la dan algunos amigos antiguos, con lo que saca de algunas acciones de minas que le regalan, y ella revende, con algunos resíduos de su antigua fortuna, y con los que le produce el juego que tiene en su casa, donde tambien concurren damas de no muy limpia fama, va pasando mal que bien. Tiene una linda sobrina, á quien quiere bien y educa mal; y con cuya boda espera restaurar su blason, pero el marido no se encuentra, y ella entre tanto tira como puede; da bailes y conciertos, fiestas de aquellas en que se conoce que no hay dinero en la gaveta, y será menester vender ó empeñar alguna alhaja para pagar las bujias de esperma, el ponche y los helados. Los jóvenes convidados beben el ponche, sorben los helados, y se contentan con enviar una caja de dulces á la sobrina el dia de su santo. Se casan con mujeres honradas, y saludan á hurtadillas á la Vizcondesa, guardándose bien de introducirla en la sociedad de sus madres, hijas ó esposas.

MOR. ¿Y la de Garciperez trata á esa mujer?

MEND. ¿Y qué otra sociedad quieres que tenga?

MOR. Es verdad. Me has escrito que tenias que pedirme un favor: estoy á tus órdenes.

MEND. ¿Qué hora es?

MOR. Las dos.

MEND. Pues para que quedemos mas en libertad, déjame que acabe una cosa. [1]

MOR. Lo que quieras.

MEND. [2] Vas á llevar esta carta al conde de Claramonte: si no está, la entregas á la señora.

1 Tirando de la campanilla.
2 Al criado que entra.

MOR. ¿Conque la carta es comun de dos?

MEND. Te diré. Salí yo de Madrid para las provincias el verano pasado. Sabes el furor de veranear que se ha apoderado de los madrileños: el que no puede ir lejos se va á Carabanchel ó á Chamberí; pero todo el mundo elegante sale de la córte cuando menos los dias caniculares. Yo estaba entonces algo delicado del pecho. ¿Quién no ha tenido tos y palpitaciones de corazon alguna vez en la vida?

MOR. Si, yo tambien tenia palpitaciones cuando estaba enamorado.

MEND. Las enfermedades interesantes y melancólicas y la Milicia nacional son cosas por que todos hemos pasado. En el campo especialmente, y al lado de una bella... á la orilla del mar... Por la madre de mi amigo Garcés, de quien te voy á hablar ahora, conocí á una hermosa señora, alta, morena encendida, pelo negro, de nobles modales, poética y sentimental como ella sola... honrada por educacion y por principios, pero sensible como todas á las galanterias de un hombre regular que la consagra su afecto. Sin sentirlo y discreteando con ella un dia y otro dia, me enamoré, y al regresar á Madrid me presentó á su marido...

MOR. Un majadero como tantos...

MEND. No por cierto: un hombre dignísimo, de talento y de honor. ¿Querrás creerlo? al estrechar con él mi amistad, se entibió el amor por su mujer; pero ella, que repito es honrada y en mi concepto incapaz de ciertas intrigas, se ha picado sin embargo de amor propio, cree que fueron burlas mis galanteos, y me invita á que tengamos una explicacion, ahora que ha marchado su marido.

MOR. Y tú ¿qué piensas hacer?

MEND. Yo... he quemado su carta y no pienso ir: nada mas fácil que hacer caer á una débil mujer, ausente de su marido... pero yo la he escrito que nuestro trato podria acarrearle sospechas y disgustos, y que soy y seré siempre amigo de ella y de su esposo. Tal vez esto la mortifique algo; pero asi conservará su buena fama, y no es poco para mí salvar el honor de una mujer.

MOR. Has hecho una buena accion, poco comun en los tiempos que corren.

MEND. Pues te aseguro que no tengo mérito en ello. Nunca me han satisfecho esas cobardes infamias que se quieren disculpar con el amor. Yo no podria entrar en una casa, estrechar al dueño la mano de amigo y buscarle despues las vueltas para robarle su tesoro. Semejante conducta siempre me ha parecido vergonzosa y degradante, como lo es siempre la deslealtad.

MOR. Pues es moneda corriente, medio usado hasta la saciedad y preconizado en las novelas y hasta en el teatro; sin considerar que no hay situacion mas degradante que la de un cortejo en presencia del marido.

MEND. La mujer misma pierde en la estimacion de su amante, porque en vez de ver en ella aquella criatura angelical, ornada de los encantos de lo desconocido y con la admiracion y el respeto que siempre inspira, aun al mas depravado, la austeridad del deber, no ve mas que una mujer sensual y liviana, privada de la estimacion de las otras mujeres puras, y luchando siempre entre el temor y el remordimiento. Pronto ve trocado el adúltero aquel hermoso cuadro de Murillo con marco de oro por una mala litografia del realizado ensueño que forjó su imaginacion calenturienta.

MOR. ¡Estás hoy magnífico!

MEND. Lo siento como lo digo.

MOR. Vaya, eso es que has puesto los ojos en otra parte.

MEND. O que no los he puesto en ninguna.

MOR. Vamos, confiésalo.

MEND. ¿Y por qué negarlo?

MOR. Ya lo decia yo: este casto José piensa en casarse. ¿Conozco yo á la hermosa?

MEND. Creo que no, porque habia marchado á baños de mar cuando tú llegaste á Madrid. Es condesa viuda, jóven y de mucho talento.

MOR. Que sea enhorabuena.

MEND. Libre como yo, con veintiocho años de edad, bien prendida, gracia, hermosura y decoro, sin peligros hoy ni compromiso para lo futuro. Yo he entrado en estas relaciones como el pasajero que toma la posta y deja el ferrocarril, porque es mas divertido y se para cuando quiere... pero casarme!...

MOR. ¿Y la cosa dura todavia?

MEND. Si: hace seis meses.

MOR. ¿Pero durará?
MEND. Hasta que ella quiera.
MOR. Hasta que te cases.
MEND. No pienso en tal cosa: todavia no he hallado una mujer que llene mi deseo para casarme.
MOR. Eso dicen todos y despues llega un cuarto de hora...
CRIADO. ¿Señor?
MEND. ¿Qué hay?
CRIADO. La señora del viaje.
MEND. Que entre. Paso al instante.
MOR. ¿Es esa?
MEND. Si.
MOR. Pues me voy.
MEND. ¿Y cuándo nos veremos?
MOR. Cuando quieras.
MEND. ¿Y te vas asi?...
MOR. ¿Cómo?
MEND. Nuestro asunto de Garcés. Hemos hablado de todo menos del motivo que nos reune aqui.
MOR. ¡Y es verdad! Me olvidaba...
MEND. La cuestion es sencilla. Urdaneta y Garcés han tenido contestaciones en el juego en casa de la señora que acabas de ver aqui. Urdaneta debe mandarme su padrino á la tres: ya sabes que cuando se envia uno solo es que se quiere arreglar el lance: si á pesar de esto no se arreglase, te necesitaré como segundo para esta noche. Dime dónde te he de buscar.
MOR. En mi casa hasta las seis, y de seis á ocho comeremos juntos en el Cisne, si quieres.
MEND. Que me place. Ven por mí á las seis.

ESCENA IV.

MENDOZA *y* MAGDALENA.

MEND. [1] ¡Tanto bueno! Creí que se habia usted muerto.
MAG. Pues estoy buena.
MEND. ¿Cuándo ha llegado usted de Cádiz?
MAG. Hoy hace ocho dias.

1 Que se dirige á la puerta del lado asi que se cierra la del fondo.

MEND. ¡Ocho dias sin que yo sepa nada! Mucho nuevo debe haber ocurrido.

MAG. Tal vez. ¿Está usted hoy de buen humor?

MEND. Mucho.

MAG. ¿Pues cómo?

MEND. Desde que la he vuelto á ver á usted.

MAG. Eso es casi una galanteria.

MEND. Casi.

MAG. Pues me alegro de encontrarle á usted de buen humor.

MEND. ¿Por qué?

MAG. Porque las que venimos de Andalucia, traemos mucha gana de charlar.

MEND. Pues qué, ¿allá no se charla? ¡Tanto deseo de hablar y guardar ocho dias la lengua!

MAG. Es que vivo en Aranjuez y hoy es el primer dia que he vuelto á Madrid. ¿Conque hemos dicho que está usted de buen humor?

MEND. Bien, ¿y qué?

MAG. Ahora lo veremos.

MEND. ¿Adónde va usted á parar?

MAG. A hacer solo una pregunta. ¿Quiere usted casarse conmigo?

MEND. ¿Con usted?

MAG. No hay que hacer aspavientos, porque seria poco delicado.

MEND. ¡Qué ocurrencia!

MAG. Es decir que no. Pues bien, mi querido Mendoza, solo me queda una cosa que decir á usted. Esta será la última vez que nos veamos. Me marcho.

MEND. ¿Para mucho tiempo?

MAG. Mucho tiempo.

MEND. ¿Y va usted á?...

MAG. Muy lejos.

MEND. Usted se chancea.

MAG. ¿Tiene eso algo de particular? Todos los dias hay personas que viajan: para eso se han inventado los coches y los barcos de vapor.

MEND. Muy bien dicho. ¿Y yo?

MAG. ¿Usted?

MEND. Yo.

MAG. Usted se queda en Madrid.

MEND. Ya.

MAG. A no ser que tambien quiera usted viajar. Eso... usted sabrá...

MEND. ¿Con usted?

MAG. No: eso no.

MEND. Pues entonces se concluyó.

MAG. ¿El qué?

MEND. Está visto: acabó nuestro amor.

MAG. ¿Pues qué, ha existido alguna vez?

MEND. Yo al menos lo creí.

MAG. Y yo tambien hice por creerlo.

MEND. ¿De veras?

MAG. He pasado mi vida queriendo amar; pero hasta aqui no me ha sido posible.

MEND. Gracias por mí.

MAG. No, no lo digo solo por usted.

MEND. Pues entonces gracias por nosotros.

MAG. Ha de saber usted que cuando me fuí á Cádiz á los baños de mar, no fué asi... como una mujer ociosa, sino como mujer sensata para reflexionar. Apartándose, se ven mejor los objetos y se juzga mejor de los afectos. Acaso sin intencion por parte de usted y contra mi voluntad, tenia usted mas lugar en mi corazon de lo que yo creia, y me marché á ver si podia pasarme sin usted.

MEND. ¿Y qué?

MAG. Que yo me pasé y que usted no me siguió en el viaje. Sus cartas tenian mas de agudas que de amorosas. A los quince dias me era usted indiferente.

MEND. El lenguaje de usted tiene un gran mérito: la claridad.

MAG. Volví hace ocho dias: mi primer pensamiento fué no venir ni avisar, aguardando á que la casualidad nos proporcionase esta explicacion. Pero reflexioné que siendo los dos personas de talento, era mas digno arrostrar la situacion, y héme aqui proponiendo á usted que cambiemos nuestro falso amor por una amistad verdadera.[1] ¿Por qué esa risa?

MEND. Me rio de que, variando las palabras, escribia yo eso mismo hace dos horas.

MAG. ¿A una mujer?

MEND. Si señora.

MAG. ¿A la linda Carlota?

1 Mendoza se rie.

MEND. No conozco á esa señora.

MAG. Poco antes de salir de Madrid, noté que no me visitaba usted con la regularidad que primero; y observando cierto misterio en sus disculpas, comprendí que el misterio debia ser una mujer. Seguí á usted una noche que me habia dicho que iba á buscar á un amigo, y viéndole entrar en una casa y gratificando al portero, supe que iba usted allí todos los dias á casa de Carlota, condesa de Claromonte. Entonces conocí que no estaba enamorada, porque hice cuanto pude por tener celos, y no pude conseguirlo.

MEND. ¿Y cómo fué el no hablarme entonces de esa señora?

MAG. Porque siendo la última favorita, yo hubiera sido sacrificada en caso de una explicacion; y eso hubiera mortificado mi amor propia.

MEND. Pues se equivocó usted, he ido en casa del conde, pero su esposa no ha sido, no es ni puede ser nunca para mí mas que una buena amiga.

MAG. Eso no me importa. Usted puede amar á quien quiera. Yo no pido mas que la amistad, ¿me la concede usted?

MEND. ¿Y á qué fin, si va usted á partir?

MAG. Al contrario; los amigos se estiman mas de lejos que de cerca.

MEND. Pues bien, dígame usted la verdad... y entonces...

MAG. ¿Qué verdad?

MEND. ¿Por qué marcha usted?

MAG. Por marchar.

MEND. ¿Y no hay mas razon?

MAG. Ninguna otra.

MEND. Pues entonces, quédese usted.

MAG. Tengo motivos para no quedarme.

MEND. ¿Y no quiere usted decirme esos motivos?

MAG. Pedir una confianza en pago de la amistad, no es darla, si no venderla.

MEND. Es usted la misma lógica en persona. ¿Y hasta el momento de la partida?...

MAG. Me vuelvo á Aranjuez... Yo sé que á usted le fastidian los jardines, y por eso no le convido.

MEND. Comprendo; me despide usted con formas políticas. Mi papel de amigo no me dará mucho que hacer.

MAG. No lo crea usted; no entiendo yo por amistad la expresion vulgar, conque se despiden dos amantes, para

dar lugar á la indiferencia recíproca y cercana. Yo hablo de una amistad eficaz, inteligente, decidida; tal vez hoy mismo hallaré ocasion de probarla; y si usted me ofrece...

MEND. Por ofrecido.

CRIADO. El señor don César de Guzman. Esta es su tarjeta. Dice que usted lo aguarda, y que viene de parte del señor de Urdaneta.

MEND. Cierto. Soy al instante con él.

MAG. ¿A ver la tarjeta?

MEND. Vea usted.

MAG. En efecto. Pero don César Guzman ¿es amigo de usted?

MEND. Nunca le ví.

MAG. ¿Pues entonces como viene aqui?

MEND. Es padrino del señor Urdaneta, que ha tenido ciertas contestaciones con un amigo mio.

MAG. ¡Qué coincidencia tan singular!

MEND. ¿Pues qué ocurre?

MAG. ¿Por dónde saldré sin que me vea?

MEND. ¡Qué alterada está usted! ¿Conoce usted á don César?

MAG. Me le presentaron en Cádiz, y le habré hablado dos ó tres veces á lo sumo.

MEND. ¡Qué cosas me suceden hoy! ¿Será este señor?...

MAG. Usted sueña.

MEND. ¿Si?

MAG. Parece que tiene usted interés en que el señor de Guzman me vea en su casa. Pues bien, que entre.

MEND. ¿Yo? No por cierto.

MAG. No, no; que entre, asi como asi es lo mejor.

MEND. No lo entiendo.

CRIADO. El señor don César de Guzman.

ESCENA V.

DICHOS, DON CÉSAR.

MEND. Dispense usted que le haya hecho esperar. [1]

MAG. ¿Ya no me conoce usted, caballero Guzman?

GUZM. Me pareció... pero no estaba seguro.

MAG. ¿Hace mucho que ha venido usted de Cádiz?

1 Guzman saluda, y reparando en Magdalena se sorprende.

GUZM. Dos dias solamente. Hoy pensaba tener la honra de visitar á usted... acaso me lo impidan motivos que yo no esperaba.

MAG. Cuando usted guste... siempre será usted muy bien recibido. Adios, mi querido Mendoza, no olvide usted lo que hemos hablado.

MEND. Ahora menos que nunca.

MAG. Hasta la vista, caballero, espero que será pronto. [1]

ESCENA VI.

MENDOZA, GUZMAN.

MEND. Estoy á las órdenes de usted, caballero.

GUZM. [2] El negocio es muy sencillo. Mi amigo el señor de Urdaneta...

MEND. Perdone usted que le interrumpa. ¿El señor de Urdaneta es amigo de usted?

GUZM. Si por cierto... ¿y por qué esa pregunta?

MEND. Porque á veces... ¿Usted es militar?

GUZM. Si señor, hace diez años.

MEND. Pues bien, los militares se creen con frecuencia obligados á aceptar la mediacion de persona que no conocen.

GUZM. Es verdad, rara vez rehusamos prestar este servicio; pero yo considero al señor Urdaneta amigo mio. ¿No merece este título? ¿Es eso lo que queria usted decir?

MEND. Nada menos que eso. Sírvase usted continuar.

GUZM. Pues bien, el señor Urdaneta estaba ayer en casa de la Vizcondesa del Egido, y yo estaba con él. Jugaban á los naipes, y un jóven llamado don Jorge Garcés...

MEND. Amigo mio.

GUZM. El señor de Garcés era mano, creo que este es el término propio, porque yo ignoro este como todos los del juego: no he jugado nunca.

MEND. Esa es la voz propia.

GUZM. El señor de Garcés habia pasado ya tres ó cuatro veces, y habia veinticinco duros sobre la mesa: el señor Urdaneta jugó; mas como hubiese perdido mucho aque-

1 Se va.
2 Sentándose.

lla noche y se encontrase sin dinero, pidió que se le hiciese crédito. Al oirlo el señor de Garcés, en vez de dar las cartas, pasó la baraja al de su derecha, absteniéndose de jugar: entonces el señor de Urdaneta vió en este hecho que rehusaba admitir su palabra como dinero, se creyó ofendido y pidió una explicacion. El señor Garcés respondió que el lugar no era propio para tales conferencias. Dijo el nombre de usted y las señas de su casa, y el señor Urdaneta me encargó venir á saber las explicaciones que el amigo de usted no tuvo por conveniente dar.

MEND. La explicacion es muy sencilla, y creo que este asunto no tendrá mas consecuencia, que la de proporcionme á mí el gusto de conocer á usted.—Jorge, mi amigo, no tuvo intencion de ofender al señor de Urdaneta; usó solo del derecho que tiene todo jugador, de rehusar el envite para no perder de una vez lo que ha ganado en muchas.

GUZM. Si, pero pudo tomar esa resolucion antes de la propuesta de mi amigo.

MEND. Pudo hacerlo antes ó despues.

GUZM. Pues yo creo que hubiera aceptado con cualquiera otra persona, y aun con la misma si su dinero hubiera estado en la mesa.

MEND. Eso no lo sabemas, y de nuestra incumbencia son solo los hechos visibles, de que tenemos conocimiento. Yo aseguro á usted, porque asi me lo ha dicho el señor de Garcés, de cuya sinceridad no dudo un momento, que en la ocasion á que usted se refiere no hizo mas que lo ha hecho otras muchas veces, y lo que todos hacen; y yo en el lugar del señor Urdaneta, ni aun hubiera parado mientes en tal ocurrencia.

GUZM. Puede ser asi entre paisanos; pero entre militares...

MEND. Perdone nsted, el señor de Urdaneta no es militar.

GUZM. Pero lo soy yo.

MEND. Permítame usted que le diga que aqui no se trata de usted ni de mí, sino de los señores Garcés y Urdaneta, que no son militares.

GUZM. Pero nombrado por el señor Urdaneta, yo miro ya el negocio como propio.

MEND. Permítame usted otra vez que tenga ese por un error. Es cierto que los padrinos, segun las reglas naturales

de duelo, estan obligados á mirar por el honor de sus representados como por el suyo propio; pero siempre con un espíritu de conciliacion ó al menos de imparcialidad que ponga á cubierto su responsabilidad en caso de una desgracia. Harto hacemos con discutir los hechos conocidos sin interpretar las intenciones; y en cuanto al honor, no hagamos diferencia entre militares y paisanos: no hay dos clases de honor, sino uno solo para el uniforme que usted viste y para la casaca que yo llevo. El corazon es el mismo bajo uno ú otro traje. Ya que nos tiranice á todos la costumbre bárbara de los desafios, porque los hombres queremos mas bien pasar por irracionales y crueles que por cabardes, miremos con alguna detencion por la vida de dos hombres antes de llevarlos al campo. Si usted quiere, tendremos otra entrevista, porque, hablando francamente, le veo á usted hoy algo irritable; y nuestros amigos no es justo que sufran las consecuencias. A no ser que nosotros mismos, por motivos que yo no alcanzo, pues esta es la primera vez que tengo el honor de hablar con usted, seamos tambien dos adversarios, en vez de ser dos padrinos encargados de conciliar á dos enemigos.

GUZM. Tiene usted razon: un motivo personal me ha hecho hablar asi. Disimule usted mi lenguaje, y si usted me lo permite voy á hablar con el corazon en la mano.

MEND. Hable usted, pues.

GUZM. Yo soy muy franco como militar, y ruego á usted que use usted conmigo de la misma franqueza.

MEND. Veamos.

GUZM. Los dos somos hombres de honor, de la misma edad y de la misma educacion, y á no estar yo diez años en América probablemente nos habriamos encontrado en la sociedad y estrechado nuestra simpatia, ¿no lo cree usted asi?

MEND. Empiezo á creerlo.

GUZM. Hubiera yo hablado como ahora en vez de dejarme llevar de mi mal humor y me habria excusado la leccion que con mucho talento y sensatez acaba usted de darme. Si por desgracia doy con otro carácter como el mio, llegamos á darnos de estocadas, lo cual hubiera sido una estupidez. ¿Me permite usted hacerle las preguntas que le haria si fuese un amigo suyo de diez años, ofre-

ciendo yo como ofrezco que cuanto usted me diga no saldrá de aqui?

MEND. Desde luego.

GUZM. Gracias, porque esta conversacion va á tener una grande influencia en la suerte de mi vida.

MEND. Pues ya escucho.

GUZM. ¿Cómo se llama la señora que estaba aqui cuando yo entré?

MEND. Magdalena, Condesa de Montevano.

GUZM. ¿Es ciertamente una señora?

MEND. Ciertamente.

GUZM. ¿Viuda?

MEND. Viuda.

GUZM. ¿Y qué clase de relaciones (respóndame usted como por mi honor responderia yo á usted en igual caso), qué rerelaciones existen entre ella y usted?

MEND. Relaciones de amistad.

GUZM. ¿No es usted mas que su amigo?

MEND. Nada mas.

GUZM. Gracias, caballero, pero... una pregunta y concluyo. ¿Cómo se encontraba en casa de usted la Condesa? Porque el solo título de amiga...

MEND. ¿Pues qué, no puede una señora venir á casa de un hombre honrado? Ademas, si la Condesa hubiera tenido por qué ocultarse, fácil le habria sido salir sin ser vista por esa puerta, y no lo hizo sino por esotra, despues de hablar un momento con usted.

GUZM. Tiene usted razon, pero me hacian falta estas aclaraciones. Quiero ser completamente franco. Yo soy oficial de la guarnicion de la Habana; despues de una larga enfermedad he obtenido seis meses de licencia para convalecer en mi pais, y hace quince dias que llegué á Cádiz. Visité alli á Magdalena, su estimable persona me impresionó vivamente y la he seguido á Madrid enamorado de ella con locura; pero sin que hasta ahora haya alentado en lo mas mínimo mi pasion, porque su conducta en Cádiz ha sido intachable. Ahora comprenderá usted mi admiracion al encontrarla en su casa. Las suposiciones, los temores naturales en mi situacion, se han disipado ya con las explicaciones que yo pedí con franqueza y usted me ha dado cortesmente. Ocasion tendremos de volvernos á ver

y desde ahora espero me cuente usted en el número de sus amigos como yo me ofrezco á su amistad franca y lealmente.

MEND. Ya he dicho á usted todo lo que debia decirle. Ahora que sea usted dichoso.

GUZM. En cuanto á nuestros adversarios creo que el lance puede arreglarse.

MEND. Asi lo pienso yo.

GUZM. Escribiremos nuestra conversacion, que les leeremos despues, y todo quedará concluido.

MEND. Pues hasta mañana. Yo tendré el gusto de pasar á casa de usted... En la tarjeta estan las señas... A la misma hora que hoy si usted no tiene inconveniente.

GUZM. Ninguno.

MEND. Pues hasta mañana.

GUZM. Hasta mañana [1].

ESCENA VII.

DICHOS, MORALES.

MOR. [2] ¿Se puede entrar aqui? [3]

MEND. ¡Pobre jóven!

MOR. ¿Pues qué ocurre? [4]

MEND. Una série de enredos que no sé en qué vendrán á parar.

MOR. ¿Y el lance de Garcés?

MEND. Ya está arreglado.

MOR. Mejor. ¿Y la dama misteriosa del mar gaditano?

MEND. Todos mis planes frustrados.

MOR. Es decir, dos rompimientos en un dia.

MEND. Uno primero y otro despues. Te aseguro que hoy trabajo como un negro.

MOR. Pues tambien á mí me ocurre algo.

MEND. ¿Qué cosa?

MOR. Acabo de recibir un convite de la Vizcondesa que dice asi. «La Vizcondesa del Egido ruega al señor don Mar-

1 Estrechándose las manos.
2 Abriendo la puerta.
3 Se saludan Morales y Mendoza y se va Guzman.
4 Por Guzman.

cos Morales se sirva venir á pasar la noche del miércoles á su casa.» ¿Pero á que no adivinas lo que se lee al pie? «De parte de la de Garciperez, con mil expresiones.» Esta quiere hablarme de su marido.

MEND. ¿Y tú, qué has respondido?

MOR. Todavia nada; pero pienso ir.

MEND. Yo iré contigo.

MOR. ¿Estás convidado?

MEND. En casas como la de la Vizcondesa siempre está uno convidado. Preveo que se va á armar alli una intriga que yo tendré mas gusto en presenciar por lo mismo que no quisieran que la viese. ¿Tienes apetito?

MOR. Si por cierto.

MEND. Pues vamos á comer.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En casa de la Vizcondesa.

ESCENA PRIMERA.

La VIZCONDESA, *un* CRIADO, *despues* MAGDALENA.

VIZC. Que enciendan la chimenea del tocador y la de mi alcobà. ¡Cuánto tarda la Condesa!

CRIADO. [1] La señora Condesa de Montevano.

VIZC. Vamos, ya está aqui. [2]

MAG. Perdone usted si no he llegado tan pronto como quisiera; pero el ferrocarril de Aranjuez está como Dios quiere: las locomotoras tienen poca fuerza, las paradas se prolongan; en fin, yo contaba llegar dos horas antes. Luego he tenido que vestirme aqui en mi casa de Madrid: todo está revuelto todavia; pero mañana ha de quedar arreglada.

VIZC. No, todavia no tardaba usted.

MAG. Siempre cree una tardar cuando viene á prestar un servicio.

VIZC. ¡Qué amable es usted! ¿Ha recibido usted mi carta y no lleva usted á mal mi indiscrecion?

1 Al irse.
2 Se va el criado.

MAG. ¡Y cómo pudiera entre amigas! Hoy por tí, mañana por mí. Hé aqui lo que usted me ha pedido. [1] Y si no basta...

VIZC. ¡Oh! no, gracias, con esto hay bastante; pero necesitaba forzosamente esta cantidad hoy mismo.

MAG. ¿Y por qué no me lo advirtió usted ayer?

VIZC. Porque contaba con el prestamista de Leonor, que me ha dicho hoy á las doce que no me podia servir. Leonor está muy ahogada y no era cosa de acudir á ella, y..... todo lo ha de saber usted... estoy apremiada y mañana hubieran venido á embargar... ¡Figúrese usted qué escándalo!

MAG. Cierto: debe usted poner hoy mismo el dinero en poder del escribano.

VIZC. ¡Si son dos!

MAG. Pues en poder de los escribanos.

VIZC. Voy á enviar á mi doncella.

MAG. ¿Va usted á enterar á una criada?

VIZC. ¿Y si lo dejo para mañana y les da gana de venir temprano?

MAG. Pues vaya usted misma.

VIZC. ¿Y los convidados?

MAG. Yo los recibiré, si es que usted no ha vuelto antes que vengan. ¿A quién espera usted?

VIZC. A Leonor, á un tal Morales, á quien ella me ha hecho convidar porque dice que es amigo de su marido; á Guzman... ¡ah! si yo pudiese arreglar este matrimonio con mi sobrina... cuento para ello con usted... á todos nos tendria cuenta, á Cándida, á usted, á mí... Por último, creo que vendrá el Duque. Estos son los que espero: no sé si vendrán Garcés y Urdaneta, que llevan la banca, porque su asunto está ya arreglado.

MAG. ¿Y no ha convidado usted á Mendoza?

VIZC. Ya no viene por aqui cuánto tiempo hace.

MAG. ¿Y el Duque le ha dicho á usted que sí vendrá?

VIZC. No ha contestado: señal que viene.

MAG. Ea, pues pronto á despachar el negocio. Yo me quedo aqui para hacer los honores de la casa.

VIZC. Voy en mi coche y dentro de un cuarto de hora estoy

1 Le da un billete de banco.

de vuelta. ¡Se va usted á quedar aqui sola!... No sé si me lleve á Cándida...

MAG. ¿Y qué hace allá dentro?

VIZC. Yo le diré á usted: como mis negocios cada dia se enredan mas, quisiera salvar ciertas alhajas poniéndolas á su nombre. Usted sabe que Cándida heredó de su madre y que yo soy su tutora: esta es la única garantia de su hijuela, y tal vez tenga que firmar...

MAG. Pues bien, llévela usted.

CRIADO. El señor Duque de Cumbres Mayores.

MAG. Yo me quedo hablando con el Duque hasta la vuelta.

VIZC. Eso es, porque si me ve... háblele usted de Cándida y Mendoza, porque puede sernos útil. Vuelvo al momento. [1]

ESCENA II.

MAGDALENA, *el* DUQUE.

DUQUE. ¿Quién se escapa por mi causa?

MAG. Es el ama de la casa, que va á hacer una diligencia y está de vuelta al instante.

DUQUE. Pues entonces tendré que irme sin verla.

MAG. ¿Cómo asi? Pues qué, ¿no pasará usted la noche con nosotros?

DUQUE. No, porque tengo que hacer. Mi hija ha llegado de Carabanchel y tengo que llevarla á casa de mi hermana. He venido por lo que usted me ha escrito.

MAG. Si, deseaba hablar con usted, y hacerlo ir á Aranjuez me parecia abusar... ¿Y la niña de usted está buena?

DUQUE. Muy bien.

MAG. ¿Nunca me la ha de enseñar usted? Tendré que conocerla de lejos, porque usted nunca ha querido que la vea.

DUQUE. Ya me lo ha dicho usted otras veces, querida Magdalena. ¿A qué repetir ahora lo dicho? Pero vamos, usted tiene que hablarme.

MAG. Usted me tiene dicho que suceda lo que suceda, siempre estaria usted pronto á servirme.

DUQUE. Y lo repito.

1 Se va y sale el Duque.

MAG. Pero con una frialdad, que no sé si obraré con discrecion pidiendo hoy el cumplimiento de la promesa.

DUQUE. No creo haber ofrecido á usted nada que no le cumpla; pero hablo en el tono que conviene á mi edad. Ha llegado ya el caso de que yo piense en que no tengo veinte años ni tampoco cuarenta. Ya no debo ser, sin incurrir en el ridículo, mas que lo que realmente soy: un viejo que se cree dichoso si puede ser útil á los que ha podido molestar alguna vez con sus impertinencias y han tenido la generosidad de disimulárselas.

MAG. Pues voy á responder á usted en el mismo tono. Yo debo á usted cuanto soy, señor Duque. Usted ha podido olvidarlo, porque es el bienhechor; pero yo nunca, porque soy la obligada. Aunque hoy solo parezca ya un capricho pasajero, hubo un tiempo en que me honró usted con su amor.

DUQUE. ¡Magdalena!

MAG. ¿Qué era yo? Usted hizo que fuese algo en el mundo: el torbellino de la sociedad, que puede ser una caida para la mujer de rango, es un ascenso para la que nació como yo en situacion desgraciada. Pero usted conoce que la posicion á que las bondades de usted me elevaron, debia producir en mí una ambicion natural, inevitable. He llegado ya á un punto en que debo caer mas bajo que antes ó subir hasta la cima. Solo el matrimonio puede darme lo que me falta.

DUQUE. ¡El matrimonio!

MAG. Si.

DUQUE. Es usted muy ambiciosa.

MAG. ¡Ah! no me desanime usted. Yo tambien he pensado lo que usted piensa en este momento: que me seria imposible hallar un hombre tan confiado que me creyese, tan digno que impusiese al mundo en mi favor, tan valiente que me defendiese, tan enamorado que me consagrase su vida, y tan distinguido en su carácter y en su figura que se creyese amado y que me inspirase su amor.

DUQUE. ¿Y ha encontrado usted ese marido?

MAG. Si.

DUQUE. ¿Tan jóven que se crea capaz de inspirar á usted amor?

MAG. Tan jóven y digno que le ha inspirado ya. Perdóneme usted esta confesion.

DUQUE. ¿Y se casará con usted?

MAG. Cuando yo quiera pronunciar una palabra, me lo rogará él mismo.

DUQUE. ¿Y por qué no la ha pronunciado usted ya?

MAG. Porque debia consultarlo antes con usted. ¿Extraña usted mi conducta?

DUQUE. No, bien está. Pero todavia puede temerse que ese hombre, en la apariencia tan enamorado, quiera hacer una especulacion, y que conociendo lo pasado, la crea á usted rica y trate de venderla su nombre, único bien que posea. Esto se ha visto mas de una vez.

MAG. Hace diez años que este hombre falta de España, y nada sabe de mi vida pasada: si supiera la menor cosa, no me volveria á ver. Tiene ochenta mil reales de renta propia y no necesita vender, porque puede comprar. Cuando usted oiga su nombre...

DUQUE. No, no quiero saberlo. El interés que usted me inspira puede llegar hasta querer que se cumplan sus deseos, pero no hasta ser cómplice de sus planes, por mas que sean honrosos los motivos. Si usted me dijese el nombre de un amigo, me expondria ó á engañar á un hombre de honor, ó á destruir la felicidad de usted. Mejor es que yo no lo sepa.

MAG. No extraño que las gentes honradas se defiendan unos á otros.

DUQUE. ¿Y cuál es ahora la resolucion de usted?

MAG. Ausentarme, que es lo mas prudente. Pero es necesario que yo pueda disponer enteramente de mí, y pueda salir de España y aun de Europa si es necesario. A los ojos de mi marido no ha de tener mi casamiento la apariencia de un cálculo material; y para ello he menester una fortuna igual á la suya ó poco menos y tenerla á mi disposicion dentro de dos horas. Usted, que es mi único tutor, me dirá qué fortuna es la mia y con lo que puedo contar.

DUQUE. Usted ha tenido hasta ahora cuarenta mil reales de renta al año.

MAG. Asi es.

DUQUE. Pues eso representa setenta mil duros de capital en títulos del tres por ciento, que recibirá usted esta misma noche.

MAG. ¡Ah! es usted un verdadero Grande.

DUQUE. No hago mas que rendir mis cuentas.

MAG. Todo lo deberé á usted; hasta la dicha que otro me ha de proporcionar.

DUQUE. Una mujer bella y de talento se lo debe todo á sí misma.

MAG. ¿Es una reconvencion?

DUQUE. No: es el finiquito de mis cuentas. [1] Discúlpeme usted con la Vizcondesa.

ESCENA III.

MAGDALENA, GUZMAN.

CRIADO. El señor don César de Guzman.

GUZM. Vengo de casa de usted. Queria que hablasemos y tener luego el gusto de acompañarla hasta aqui.

MAG. Un favor que me pidió la Vizcondesa me ha hecho venir mas temprano.

GUZM. Esa seria una disculpa si usted tuviese necesidad de disculparse conmigo. ¿Hablaba usted ahora con la Vizcondesa?

MAG. No; hablaba con el Duque de Cumbres Mayores.

GUZM. ¿No tiene una hermana?

MAG. Si, la condesa de Claromonte.

GUZM. Mi hermana es muy amiga suya y quiere presentarme en su casa. Pero ¿á qué?

MAG. El Duque su hermano tiene una hija preciosa.

GUZM. ¿Y á mí qué me importa?

MAG. Que tendrá de dote un millon de duros.

GUZM. Bueno para el que piense casarse con ella

MAG. ¿Y no podria usted ser ese?

GUZM. ¿Cómo pensar en ella ni en nadie si estoy enamorado de usted?

MAG. ¡Qué niñeria! Si usted apenas me conoce.

GUZM. El primer dia que se ve á la mujer á quien se ha de amar, se la ama, porque desde antes de conocerla estaba uno destinado á amarla. El amor es un instinto tiránico que nos arrastra: no es un raciocinio. El verdadero amor aparece el primer dia ó no aparece nunca.

1 Le estrecha la mano.

Se me figura que hace ya diez años que la amo á usted.

MAG. Lo creo; pero si es cierto que el amor puede nacer en un momento, tambien lo es que necesita algun tiempo para crecer y durar. Aunque no creamos nosotras en la eternidad de la pasion súbita que inspiramos, queremos las mujeres creer algo en su duracion. Usted me dice que me quiere, y va á partir de Madrid dentro de dos meses, quizá para no volver nunca. ¿Me confundirá usted con esas mujeres que mudan de galanteo todos los meses? Si usted lo ha creido, me ha ofendido profundamente.

GUZM. ¿Qué dije á usted ayer?

MAG. Locuras... que desistia usted de su viaje... que queria usted que yo fuese su mujer. Pero ha pasado noche por medio, y esas resoluciones presentan otro aspecto despues que se han consultado con la almohada.

GUZM. No me marcho. Hoy he remitido mi dimision al Ministro de la Guerra.

MAG. ¿Pues qué quiere usted que le diga? eso es haber perdido el juicio. Cuando usted lo recobre, no podrá menos de arrepentirse del sacrificio que ha hecho por mí. Yo le hablo á usted como su mejor amiga; y vea usted que soy ya vieja comparada con usted... una mujer de veintiocho años es mas vieja que un hombre de treinta; asi es, que la autoridad de los años y la razon estan de mi parte.

GUZM. Eso que usted dice, podrá ser respecto de los jóvenes que pasan su vida en amores fútiles é inmorales. Yo doy gracias al cielo, por haberme concedido una juventud austera y laboriosa en el ejercicio de las armas, y haber conservado intacto mi corazon hasta los treinta años, en que el hombre puede experimentar y comprender el amor en su acepcion mas sublime. Pero usted me trata como un niño: considere usted, Magdalena, que yo perdí á mi buena madre á los diez años; y cuando un hombre pierde á su madre, se hace viejo en seguida. Crea usted que la vida de los campos, las largas temporadas en la soledad de una tierra poco poblada y circuida del mar, los peligros de la muerte que se ha llevado á mis mejores amigos á impulsos de un clima rigoroso, han madurado mi razon, y acercado la vejez á mi frente, tostada por el sol ardiente de los trópicos.

Puede decirse que ya tengo canas. Ameme usted, mi querida Magdalena, que ya soy viejo.

MAG. Y si le amo á usted y usted duda de mi fé, como cuando me vió en casa de Mendoza, á donde iba á hablar de usted... si he de luchar de contínuo con las sospechas y los celos ¿qué será de mí?

GUZM. Lo que he dicho á Mendoza prueba mi amor. ¿Qué hombre sinceramente enamorado aceptará la mano de la mujer que adora, si abriga la menor sospecha, si no la cree tan pura como el éter de los cielos? El verdadero amor no puede existir sin la estimacion y el respeto de la persona amada.

MAG. ¡Ah! tiene usted razon. Esos celos de que me quejo los comprendo, los sentiré tambien y acaso los siento ya. Lo que mas me agrada en usted, es saber que no ha amado nunca. Por eso si yo llegase á ser esposa de usted, querria ocultar mi dicha á los ojos de todos. Este mundo en que vivo y tanto encanta á otras, seria para mí un tormento contínuo, porque en él hay mujeres mas jóvenes y hermosas que yo, á quienes mi marido podria amar. El matrimonio tal como yo lo comprendo, es la eterna soledad de dos que se aman.

GUZM. Si, Magdalena: de ese modo quiero yo amar y ser amado. Saldremos de Madrid cuando usted quiera para nunca volver: el campo delicioso de Andalucia será nuestra mansion; y esto desde mañana.

MAG. ¿Y qué dirá su hermana de usted?

GUZM. Me dirá: si la amas y te ama, y es digna de tí, cásate con ella.

MAG. Si, pero no me conoce: me supondrá jóven y hermosa... crerá que tengo una familia que va á formar parte de la suya, porque no sabe que soy sola en la tierra... que voy á separarla para siempre de usted, pues que hemos de vivir solos. Si supiese todo esto, daria á usted los mismos consejos que yo le daba hace poco; y como usted la quiere, la creeria.

GUZM. Mi hermana vivirá cerca de nosotros. ¿Qué mas le da á ella un pais que otro?

MAG. Démela usted á conocer antes. Yo quisiera agradarla, ganarme su estimacion y su cariño; y á ser posible, que saliese de ella el deseo de ser mi hermana, en vez de aceptar nuestra union cuando ya esté realizada.

GUZM. Todo lo que usted quiera.

MAG. Y luego los amigos á quienes usted irá á pedir consejo....

GUZM. Yo no tengo amigos.

MAG. El señor de Mendoza...

GUZM. ¿Y no merece ese título? Él es mi único amigo, porque tiene un corazon franco y leal.

MAG. Es cierto; ¡pero la reputacion de una mujer es tan delicada! Hay quien la compara al cristal, que se empaña con el aliento. Si usted habla de nuestro matrimonio con unos y con otros, y por cualquier accidente no se efectúa luego, quedaria yo en una posicion falsa, y tal vez ridícula. Mire usted: cuando yo le cause un disgusto, vaya usted á contárselo á Mendoza, pero hasta entonces guarde usted nuestro secreto para usted solo. No hay dicha mas gustosa que la que uno solo posee.

GUZM. Es verdad, siempre tiene usted razon. Pues bien, á pesar de que Mendoza tendria derecho á esta confianza; á pesar de que apenas nos hemos separado en los dias que cuenta nuestra reciente pero íntima amistad, ni él ha pronunciado el nombre de usted, ni yo le diré nada á él ni á nadie. ¿Es eso lo que usted quiere?

MAG. Si.

GUZM. ¡Ah cuánto la amo á usted!

MAG. Gente viene.

CRIADO. Los señores don Justo Mendoza y don Marcos Morales.

MAG. [1] ¡Mendoza! ¿Y á que vendrá aqui?

ESCENA IV.

DIDHOS, MENDOZA, MORALES.

MEND. ¿Conque no está la Vizcondesa? ¿Y á esto llama recibir?

MAG. Vendrá al instante. Un negocio de urgencia...

MEND. ¡Ah! pero no podia escoger persona mejor para representarla; y pues que usted hace los honores de la casa, permítame presentarle á mi amigo el señor don Marcos Morales.

MOR. Señora...

1 Aparte.

MAG. Caballero...

MEND. ¿Y mi querido Guzman, como lo pasa?

GUZM. Perfectamente.

MAG. Es un gusto ver tan íntimos á dos hombres que no hace ocho dias que se han conocido.

MEND. Hay entre la genie honrada un lazo invisible que los une aun antes de tratarse. Cuando se tratan, la amistad viene á ser íntima en pocos dias. Querido Guzman, presento á usted tambien á mi amigo Morales, que ha estado en la Isla de Cuba, y hablará con usted de aquellas regiones.

GUZM. Hola, caballero, ¿ha visitado usted aquel hermoso pais, tan mal tratado por algunos? [1]

MEND. Yo la creia á ested en Aranjuez.

MAG. He venido esta tarde.

MEND. ¿Y qué me cuenta usted de nuevo?

MAG. Nada, absolutamente.

MEND. Pues entonces seré yo quien dé á usted noticias.

MAG. En buen hora.

MEND. El señor de Guzman está enamorado de usted.

MAG. Siempre está usted de broma.

MEND. Pues qué, ¿no se lo ha dicho á usted?

MAG. No por cierto.

MEND. Pues á mi si; es cosa curiosa.

MAG. Pues ha buscado el camino mas largo.

MEND. Prepárese usted, pues, á una declaracion.

MAG. Ha hecho usted bien en avisarme.

MEND. ¿Por qué?

MAG. Para hacerle entender que pierde el tiempo.

MEND. Conque es decir, que usted no le ama.

MAG. ¡Qué ocurrencia!

MEND. ¿Ni un poquito siquiera?

MAG. Ni mucho.

MEND. Es decír, que nada.

MAG. Nada, como usted dice.

MEND. Pues entonces me he equivocado yo; pero me alegro mucho.

MAG. ¿Por qué?

MEND. Ya se lo diré á usted cuando estemos solos.

MAG. Despáchese usted; ya sabe usted que me voy.

1 Hablan entre si.

MEND. Todavia no se ha ido usted.
MAG. ¿Pues quién me detiene?
MEND. Yo.
MAG. Cuidado con eso, porque iré á pedir proteccion á la señora de Claromonte.
MEND. Esa señora no piensa en mí. Hace tres dias que voy á verla, y no me ha recibido.
MAG. Quiere usted que yo vaya á hablar con ella, para hacer las paces.
MEND. ¿Usted?
MAG. Si señor.
MEND. ¿Y cree usted que la recibiria mejor que á mí?
MAG. Puede ser. A mí me reciben cuando quiero que me reciban. Servidora de usted. [1]
MEND. Esto parece amenaza. Allá veremos.

ESCENA V.

DICHOS, VIZCONDESA, CÁNDIDA.

VIZC. Señores, ustedes han de perdonar.
MAG. ¿Qué hay? [2]
VIZC. Todo está arreglado. Tantas gracias.
CÁND. ¿Está usted buena, señora?
MAG. ¿Y usted, querida mia?
CÁND. Yo muy bien: es un fastidio; de la que está buena nadie hace caso.
MAG. La he oido á usted toser algunas veces, por las noches.
CAND. De eso no hago caso. Mis resfriados no se acaban nunca. Yo creo que empezaron cuando nací.
VIZC. [3] Doy á usted gracias por haber correspondido á mi invitacion, bien que un poco irregular... La señora de Garciperez, cuyo esposo conoce usted...
MOR. Ciertamente.
VIZC. Desea hablar á usted de cierto negocio grave... Todavia no tiene arreglada su casa... me aseguró que usted vendria. Mucho estimo á Leonor y quisiera que si usted puede contribuir á que se realicen sus deseos...
MOR. Si depende de mí, puede usted contar...

1 Se aleja.
2 A la Vizcondesa.
3 A Morales, que le ha presentado Mendoza.

CAND. ¿No ha venido el Duque?

MAGD. Me ha encargado que lo disculpe; vino á decir que no podia concurrir porque su hermana recibe hoy.

CAND. ¡Cuánto siento no haberle visto!

VIZC. Y diga usted, señor de Guzman, ¿no me ofreció usted traer á su hermana?

GUZM. Si señora, pero como todavia no se ha aligerado el luto, y luego... no está ahora buena. Asi que se alivie tendré el honor...

MEND. Dígame usted. [1]

GUZM. ¿Qué?

CAND. Señor de Guzman.

MEND. Luego se lo diré á usted. [2]

GUZM. Señorita.

CAND. Señor de Mendoza, présteme usted por un instante al señor de Guzman y al momento se lo vuelvo. Tengo que hablar con usted, pero antes hágame usted el favor de quitarme este alfiler del sombrero.

MOR. [3] Esta jóven parece despejada.

MEND. Es una niña.

MOR. Pues habla como una mujer.

MEND. Y aun como un hombre, pudieras decir.

CAND. Sabe usted, señor de Guzman, que hay una conspiracion contra usted? ¿Y para qué dirá usted? Para que se case usted conmigo.

GUZM. ¿De veras?

CAND. Como usted lo oye.

GUZM. Pues entonces...

CAND. No la eche usted de galante, porque ni usted quiere ser mi marido, ni yo debo ser su mujer... Usted tira por otra parte... ya lo he conocido; pero... no diré nada. Mas ya que he hablado á usted con franqueza, demos un paseo juntos... Mi tia creerá que usted me obsequia y se pondrá tan contenta... Algo se ha de hacer por complacer á los parientes y... por descubrir las conspiraciones á los amigos... Pero cuidado... no me estropee usted el sombrero, que es el único que tengo, y creo que no está pagado todavia. [4]

1 A Guzman.
2 A Guzman.
3 A Mendoza.
4 Se va con Guzman.

VIZC. [1] ¿No le dije á usted que la cosa iba bien?
MOR. Parece buen sugeto este jóven de Guzman.
MEND. Excelente... Yo le salvaré, aunque despues me pese.
CRIADO. La señora de Garciperez.
MEND. Aqui entras tú. [2]

ESCENA VI.

LEONOR, VIZCONDESA, CÁNDIDA, MENDOZA, MORALES.

VIZC. ¡Qué tarde ha venido usted!
LEONOR. El amigo Garcés no me dejaba salir. ¿Sabes lo que me me ha costado escaparme? Y él ignora que he venido. ¿Está aqui Morales?
VIZC. Si, míralo alli hablando con Mendoza.
LEONOR. ¡Ay, cómo te late el corazon!
VIZC. ¡Valor!
MEND. ¿Cómo está usted? [3]
LEONOR. Bien, gracias.
MEND. Viene usted hoy á la provinciana y le sienta muy bien. Voy á presentar á usted á mi amigo Morales. Usted ha hecho que lo conviden: será para conocerlo.
LEONOR. Si, preséntemelo usted.
MEND. El señor don Marcos Morales. La señora doña Leonor de Garciperez.
MOR. Señora...
LEONOR. Hace dias que deseaba hablar á usted.
MOR. Gracias, señora. Hace tiempo que falto de España.
LEONOR. [4] Vamos á ver, ¿qué piensa usted hacer de mí?
MOR. ¿De usted, señora? Lo que he hecho hasta aqui.
LEONOR. Es que mi situacion no puede ya continuar asi.
MOR. ¿Y por qué?
LEONOR. ¡Usted me lo pregunta! ¿No hace ya diez años que no nos vemos, siendo usted y yo, marido y mujer?
MOR. En lo legal si.
LEONOR. ¿Y no me ha amado usted?
MOR. Mucho. A pique ha estado ese amor de costarme la vida. Pero por fortuna no me he muerto.

1 A Magdalena.
2 A Morales.
3 A Leonor.
4 Despues de asegurarse de que nadie la oye.

LEONOR. ¿Y hoy?

MOR. ¿Hoy? Tan indiferente me es usted como si no existiese en el mundo.

LEONOR. Sin embargo, ha venido usted aqui sabiendo que venia á verme.

MOR. Por lo mismo. Ya no es usted peligrosa para mí.

LEONOR. ¿Es decir que nunca me ha de perdonar usted?

MOR. Jamás.

LEONOR. ¿Nunca me abrirá usted las puertas de su casa?

MOR. Aunque quisiera no podria.

LEONOR. Ya sé que está ocupada.

MOR. Por personas que estimo; es verdad.

LEONOR. Y á quien yo tendria derecho de despedir.

MOR. Usted olvida, señora, que entre los dos el que tiene derecho de amenazar soy yo. Despues de tres años de soledad y de sinsabores, en los cuales hubiera abierto á usted los brazos si hubiese vuelto á mí arrepentida, porque la amaba todavia, despues de arrastrar este tiempo una vida miserable, he adquirido el derecho de vivir como me parezca. He buscado en una familia de azar el consuelo que usted no creyó conveniente prestarme; porque las costumbres hacen que las faltas de una mujer causen la eterna desventura del que la dió su nombre. Nada ignoro de lo que ha hecho usted en este tiempo: sé que ahora le ocurre buscarme porque despues de haber derrochado su fortuna en los gastos de una vida ociosa y extravagante, sin crédito ya y sin recursos, prueba usted el medio de volver á mi casa. Ahora mismo no ha pronunciado usted una sola palabra de esas que salen del corazon y que inspira el arrepentimiento. No, señora, todo acabó entre nosotros. Usted ha muerto ya para mí.

LEONOR. ¿Asi nada importa á usted lo que pueda sobrevenir?

MOR. No, porque ya no puede usted hacerme desgraciado, porque no la amo, ni puede usted ponerme en ridículo, porque siempre he obrado con honor y con entereza.

LEONOR. Bien está; eso es lo que yo queria saber; de usted será toda la responsabilidad de lo que ocurra.

MOR. Adios pues: probablemente nunca nos volveremos á ver.

ESCENA VII.

DICHOS, CÁNDIDA *y la* VIZCONDESA.

CAND. Qué, ¿se va usted ya?
MOR. Si señora.—Señora... [1]
LEONOR. Caballero...
VIZC. ¿Qué, nos deja usted tan pronto, señor de Morales?
MOR. Dije en casa que volveria temprano.
VIZC. ¿Y por qué no ha traido usted á su esposa?
MOR. La señora de Garciperez me convidó solo á mi.
VIZC. Yo recibo los miércoles, caballero, cuando usted y su señora quieran honrarme y tomar una taza de té con nosotros...
MOR. [2] Mañana iré á verte... Tengo que hablar contigo. [3]

ESCENA VIII.

DICHOS *menos* MORALES.

CAND. Con estos hombres casados no se puede contar nunca.
GUZM. Usted me queria decir algo. [4]
MEND. Si por cierto. No me ha vuelto usted á hablar de aquel amor tan violento por la Condesa...
GUZM. Lo he dejado.
MEND. ¿Tan pronto?
GUZM. Si, porque era perder el tiempo.
MEND. ¿Y se ha decidido usted asi tan de ligero?
GUZM. ¿Y qué recurso?
MEND. Bien hecho. Sabe usted que ese golpe es de un hombre de sociedad consumado. Me atrevo ya á dar á usted un consejo.
GUZM. Venga.
MEND. Ha prometido usted á la Vizcondesa traer aqui á su hermana.
GUZM. Si.
MEND. Pues no la traiga usted.

1 A Leonor.
2 A Mendoza.
3 Saluda y se va.
4 A Mendoza.

GUZM. ¿Y por qué? ¿No le parece á usted esta casa?..

MEND. Nada digo de esta casa... La apariencia excelente... Solo que rascando un poco en la superficie se descubre lo que hay dentro, y se ve que no es oro todo lo que reluce. [1] ¿No vendrá el señor de Urdaneta á llevarnos la banca?

VIZC. Me ha escrito disculpándose... Dice que un lance imprevisto...

CAND. ¡Sabe Dios lo que será!

MEND. No, el señor de Urdaneta no miente casi nunca... Alguna vez suele decir la verdad.

VIZC. ¿Qué le ha hecho á usted ese hombre? Siempre habla usted mal de él; y él habla siempre bien de usted.

MEND. Hace lo que debe.

LEONOR. Pues yo creo que es un hombre excelente, elegante y de muy buena educacion... Cualidades que no todos tienen.

MEND. Pues entonces es un hombre completo; porque ademas gasta generosamente el dinero.

LEONOR. Tambien es verdad.

MEND. Le cuesta poco ganarlo... Es de esos hombres que juegan siempre y nunca pierden.

LEONOR. ¿Qué quiere usted decir con eso, que hace trampas en el juego?

MEND. No, yo no digo mas sino que esa dicha de ganar siempre al juego, es una cucaña. En algunos hombres la buena suerte jugando es una cualidad personal, inherente como el tener uñas... el no tener conciencia.

GUZM. Querido Mendoza, tenga usted presente que yo he sido padrino del señor Urdaneta.

MEND. Si, le conoció usted en un viaje del vapor de Cádiz á Sevilla. Amigo Guzman, usted es un hombre de bien que cree que todos los demas son lo mismo, y esa cualidad es peligrosa en el mundo. Yo no hubiera consentido el desafio que el señor de Urdaneta iba buscando.

MAGD. ¿Dirá usted tambien que es cobarde? Un hombre que tuvo su primer duelo á los diez y ocho años y mató á su contrario.

VIZC. Es un modo bravo de entrar en la vida.

MEND. En la vida de los demas. No me meto á calificar el

1 Alzando la voz.

valor del señor de Urdaneta, solo digo que un hombre de honor como mi amigo Garcés, no debe batirse con un hombre como el señor Urdaneta, ni debe ser su padrino otro hombre de honor como mi amigo el señor de Guzman.

MAGD. Pues yo creo que entre los señores Garcés y Urdaneta hay poco que escoger.

MEND. No tal, porque el señor de Urdaneta, hijo de un antiguo usurero, se hace llamar Conde, y con una docena de mil duros que le dejó su padre, prestando al veinticuatro por ciento, se hace una renta al juego de ocho ó diez mil duros al año.

LEONOR. Pues yo sé que es de muy buena familia... De la de Ladrones de Guevara... y de los Verdugos de Castilla.

MEND. No señora, es de los Ladrones solamente y Verdugo de los pipiolos.

CAND. ¡Qué nombres tan casuales!

MEND. Lo que yo extraño es que señoras que se llaman de buena sociedad...

VIZC. Y que lo son, señor de Mendoza.

MEND. Y que lo son, como usted dice, reciban en su casa á hombres de semejante estofa, que harán que se retiren todos los hombres decentes. Estoy seguro de que los señores Pimentel, Giron y demas de que habla la señora de Garciperez, no han venido por no encontrarse aqui con el señor Urdaneta.

VIZC. Me parece que basta ya de esta conversacion.

MEND. [1] Señora, ¿cómo va el cuarto de la calle de Atocha?

LEONOR. ¿Y á usted qué le importa? Para las veces que usted irá...

MEND. Gracias. ¿Qué noticias del esposo?

LEONOR. ¿Mi esposo?

MEND. Por lo que á él toca parece que está bien determinado; mi amigo habrá traido noticias... ¿Qué tal? ¿Entra por el aro? ¿Pagará el raso de china y el brocatel amarillo?

LEONOR. Yo le aseguro que se ha de acordar de mí.

MEND. ¿Pues qué cree usted que él se olvida?..

LEONOR. Yo soy la que le va á poner pleito.

MEND. Bella idea, si lo gana usted. ¿Y por qué es el pleito?

LEONOR. Ya lo verá él. Sé yo muchas cosas de mi marido. Ya lo

1 Volviéndose.

compondrá mi abogado, como que al fin soy su mujer.

MEND. ¿Mujer del abogado?

LEODOR. Usted no tiene gracia mas que una vez por semana, y ayer le tocó á usted. Conque hoy á callar.

CAND. Déjelo usted que diga, Leonor. Usted ganará su pleito; y usted no la diga nada, señor de Mendoza.

MEND. Pues que usted lo ordena... yo hablo, señorita, de lo que sé y conozco; y como no entiendo de muñecas, no hablo con las niñas.

CAND. ¿Eso lo dice usted por mí?

MEND. Claro está.

CAND. Yo hablo de lo que usted habla; y cuando las personas mayores hablan de ciertas cosas delante de las niñas, parece que las dan derecho á tomar parte en la conversacion. Ademas de que yo no soy ya una niña.

MEND. ¿Pues qué es usted?

CAND. Una mujer.

MEND. Me lo habian dicho; pero por consideracion á usted no habia querido creelo.

CAND. ¡Caballero!..

LEONOR. Ya me extrañaba yo que no acabase usted con una insolencia.

VIZC. ¿Qué es esto, señor de Mendoza? ¿Qué daño ha hecho á usted esta inocente? Si otra vez ocurre á usted decir en mi casa cosas desagradables, diríjase usted á mí, solo á mí. Ven, Cándida. ¿Nos acompaña usted, señor de Guzman?

GUZM. Soy con usted al instante. [1]

ESCENA IX.

GUZMAN, MENDOZA.

MEND. Ya ha oido usted, querido Guzman. ¿Traerá usted todavía á su hermana á esta casa?

GUZM. ¿Todo lo que usted ha dicho es cierto?

MEND. La pura verdad.

GUZM. Conque el tal Urdaneta...

MEND. Es un caballero de industria.

1 Se van ellas.

GUZM. Y la Leonor de Garciperez...

MEND. Una mujer impudente, sin talento ni corazon, que deshonraria el nombre de su marido, si su marido no le hubiera prohibido llevarlo.

GUZM. ¿Y Cándida?

MEND. Una chica casadera producto natural é inocente de la sociedad en que vive.

GUZM. ¿Pero qué sociedad es esta? Porque yo estoy como e que ve visiones.

MEND. Es menester haber vivido en la córte para distinguir la moneda falsa de la de ley; y aun asi es dificil describir una reunion de esta clase. ¿Le gustan á usted los melocotones de Aragon?

GUZM. ¿Los melocotones? Si.

MEND. Pues el que los compra por ferias en la calle de Alcalá, vé una banasta de esta fruta puesta en órden, gorda, bella y madura, separados unos de otros los melocotones con papel blanco, para que no se piquen con el contacto; y al lado hay otra banasta con fruta amontonada, que no se deja ver como la otra, igual al parecer, pero que se vende á la mitad de precio, y si pregunta usted la causa de esta desigualdad, el vendedor de Campiel, agarra un melocoton de los baratos; y rodeándolo ligeramente en la mano, le muestra á usted un ponto negro que no se veia, y que es la causa de la baratura. Pues bien, aqui estamos en una banasta de melocotones picados: todas las mujeres que usted ve aqui, tienen una falta que tapar, un punto negro en su reputacion, pero se estrechan unas con otras para que no se las vea á buena luz; y teniendo el mismo orígen y la misma esterioridad que las damas de buena sociedad, no lo son en efecto, y forman entre sí una reunion bastarda, que sin ser la alta sociedad ni la clase media, recibe todo el desperdicio que cae de las dos, con mas algunas que vienen de las provincias á hacer fortuna en la córte, y otras que nadie conoce ni sabe de dónde han salido.

GUZM. ¿Y dónde vive particularmente esa clase de sociedad?

MEND. No tiene sitio fijo; hay en Madrid varias casas de esta clase, pero al madrileño no se le despintan.

GUZM ¿Y en qué puede reconocerlas un forastero?

MEND. En la ausencia de los maridos y en la presencia del

juego. En que concurren mujeres casadas, cuyos maridos no se ven nunca, y allá en un gabinete apartado, se ve el tapete del juego, donde se pierden gruesas sumas.

GUZM. ¿Y qué orígen tienen estas reuniones?

MEND. Son un triste producto de la civilizacion. Las mujeres adúlteras y las jóvenes deshonradas, se escondian antes en las Arrepentidas, si eran pobres, en las antiguas monjas de Pinto ó en las Salesas si eran de alta clase. Mas ahora se buscan y se animan unas á otras, llamando desgracia á su culpa, y error ó equivocacion á su crímen; entran en esta clase las viudas falsas, las que toman el apellido del hombre con quien viven, las que perdieron su fortuna y su rango, y quieren conservar este falso brillo como la Vizcondesa, que teme caer mas abajo y espera subir mas alto, y en suma todas las mujeres de una posicion falsa, pero de cierta educacion y despejo, que se empeñan en hacer creer que son algo, y no quieren parecer lo que son. Y como para fascinar con el lujo necesitan dinero, se unen á ciertos hombres avezados al tráfico inmoral del juego, en el cual ganan siempre y no pierden nunca; juntando asi una industria que bien pudiera llamarse robo, al encanto engañoso de las otras sirenas, que asestan sus tiros contra el honor y la paz de las familias, mientras los otros los dirigen al bolsillo. Los hombres acuden á estas reuniones, donde encuentran amor mas fácil que en la buena sociedad, y mas agradable que en las mujeres de la ínfima clase, y son bien recibidos con tal que dejen en el juego alguna muestra de su galanteria.

GUZM. ¿Y á dónde vá á parar esta gente?

MEND. De aqui salen los compromisos que alejan al hombre del matrimonio... de aqui las ruinas del rico, las bancarrotas del hombre de negocios, la perversion del hijo de familia, todo entre el brillo de las luces, los encantos del amor y de la juventud, y la ilusion de la riqueza y el lujo. Cuando pasa para algunas mal casadas la juventud y la hermosura, que es su único mérito, sea que se arrepientan sinceramente, ó que teman á la soledad y al desprecio que las amenaza, imploran al perdon del hombre á quien pertenecen, invocando intereses de familia ó la suerte futura de sus hijos, unas

veces para que cubra el casamiento los escándalos pasados, y otras para que cese la separacion de los esposos. Ella es ya vieja y no puede volver á las andadas, su arrepentimiento se barniza con las prácticas religiosas; y el público hace la vista gorda para que entre convertida por la puerta falsa, la que salió deshonrada por la puerta principal.

GUZM. ¿Y es posible que todo eso sea cierto? ¡Con cuánto gusto escucharia á usted la Condesa!

MEND. ¿Por qué?

GUZM. Porque lo mismo me ha dicho ella.

MEND. ¿Quién, Magdalena?

GUZM. Si, aunque no con tanto talento.

MEND. [1] No es poco talento el haberse adelantado á decirlo. Pero si conoce esto, ¿por qué viene aqui?

GUZM. Lo mismo la pregunté yo; pero me repuso que antiguas amistades la traian aqui de cuando en cuando... como la de Garciperez por ejemplo... con la cual se ha criado. Y el interés que la inspira la jóven Cándida, á quien quisiera salvar de la suerte que la amenaza... Pero pronto romperá para siempre con estas gentes.

MEND. ¿Pues cómo?

GUZM. Es un secreto... dentro de ocho dias sabrá usted grandes cosas.

ESCENA X.

DICHOS, CANDIDA.

CAND. Señor de Guzman, la Condesa pregunta por usted. [2] Señor de Mendoza no se vaya usted.

MEND. Señorita.

CAND. Ha sido usted muy severo conmigo... me ha hecho usted llorar... ¿Qué queja tiene usted de mí?

MEND. Ninguna.

CAND. No es la primera vez que me trata usted mal... Sé que tiene usted mala opinion de mí... me lo han dicho.

MEND. La han engañado á usted.

CAND. Otras veces no era asi... recuerdo que era usted mas

1 Aparte.
2 Se va Guzman.

amable para mí, y yo me complacia en tenerle á usted por mí amigo... Usted era desgraciado con su familia... yo tambien tenia disgustos, y al comunicarnos nuestras penas, debió nacer cierta simpatia... ¿Por qué no existe hoy? ¿De qué puede usted reconvenirme?

MEND. Siempre, ahora como antes, me inspira simpatias el carácter y la situacion en que usted se encuentra. Solo que...

CAND. ¿Qué? Siga usted.

MEND. Pues bien, yo creo que una jóven como usted, debe ser jóven y no hablar más que de las cosas propias de su edad... y hay momentos en que la conversacion de usted me sorprende, y no sé que responderla. Muchas veces he déplorado verla á usted educada entre tales gentes, y oirla hablar como hablaba usted hace poco.

CAND. Conque eso quiere decir, que la severidad de usted era interés en mi favor. ¡Oh! cuanto lo agradezco... Tiene usted razon, pero... ¿qué hacer? yo no puedo separarme de lo que me rodea... no tengo padre ni madre. El lenguaje mio, es el que oigo hace cuatro años, pero... ¿quién sabe?... acostumbrada á ver las consecuencias que tiene la primera falta de una mujer, quizá aprenda á no cometerla.

MEND. Bien puede ser.

CAND. Pero esto no baste acaso en lo futuro, y supuesto que usted se interesa por mí, amigo mio, aconséjeme usted lo que he de hacer. Una muchacha como yo, sin familia, sin bienes ni otra proteccion que la que le proporciona una persona de las circunstancias de mi tia, ¿puede sustraerse á los peligros que la cercan?... No me responde usted nada... ¡me reprende usted, y no quiere aconsejarme! ¿y ahora no me considera usted como niña?

MEND. Perdone usted mis reconvenciones.

CAND. No solo las perdono, sino que agradezco que me avise usted antes que sea tarde. Entre tanto, lo único que ruego á usted, es que si oye hablar mal de mí, defienda á la pobre y desgraciada huérfana, y yo por mi parte le ofrezco á usted en cambio, mantenerme digna de la proteccion de las gentes de bien. Tal vez encuentre un hombre honrado que me pague con su afecto.

Adios, señor de Mendoza, y gracias por su interés en mi favor.

ESCENA XI.

DICHOS, MAGDALENA.

MAG. Veo con gusto que se han hecho las paces.
CAND. Si, con mucho gusto mio. [1]
MEND. ¡Muchacha singular!
MAG. Está enamorada de usted.
MEND. ¿De mí?
MAG. Hace tiempo que lo he conocido.
MEND. Bien dicen, que no se acuesta uno sin aprender una cosa nueva.
MAG. Asi como yo he aprendido hoy, que no se puede fiar en la palabra de usted.
MEND. ¿Pues qué he hecho yo?
MAG. Don César de Gusman, me acaba de repetir la conversacion de ustedes.
MEND. Yo no he hablado de usted cosa alguna.
MAG. ¡Sutilezas á mí! Lo que usted ha dicho á Guzman, hubiera sido hablar mal de mí, si por fortuna no me hubiera yo anticipado.
MEND. ¿Y qué importa á usted todo esto, si usted no quiere á Guzman?
MAG. ¿Qué sabe usted?
MEND. ¿Conque le ama usted?
MAG. No tengo que dar á usted cuenta.
MEND. Tal vez si.
MAG. ¿Es declaracion de guerra?
MEND. ¿Y por qué no?
MAG. Pues bien, usted tiene cartas mias; ruego á usted que me las devuelva.
MEND. Mañana las llevaré á usted yo mismo.
MAG. Pues hasta mañana.
MEND. Hasta mañana.

1 Se va.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Magdalena.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA. *Una* DONCELLA.

MAG. ¿No ha venido el escribano?
DONC. No señora.
MAG. Voy á salir, si viene alguien que haga el favor de esperar. [1]
DONC. La señorita doña Cándida.
MAG. Que entre.

ESCENA II.

MAGDALENA, CANDIDA.

MAG. ¿Qué es lo que me proporciona el gusto de ver á usted por aqui?
CAND. Sentiria incomodar á usted.
MAG. A mí no me incomoda usted nunca, querida Cándida, porque la quiero á usted y deseo serla útil.

1 Se va la Doncella, y vuelve.

CAND. Pues mucho puede usted hacer por mí.

MAG. Vamos á ver.

CAND. Usted es muy amiga del Duque de Cumbres Mayores.

MAG. Si, le debo una buena amistad.

CAND. Hace cuatro años que propuso á mi tia educarme con su hija para que yo la acompañase.

MAG. Me acuerdo que me habló de eso; pero su tia de usted no quiso.

CAND. Por mi desgracia; porque si entonces hubiera accedido, no me veria hoy en esta triste posicion.

MAG. ¿Pues qué pasa?

CAND. No es decir que yo me queje de mi tia, porque ¿qué culpa tiene ella de que lo poco que me dejaron mis padres, se haya invertido en los gastos de la casa? Tal vez si ajustaramos cuentas seria yo la que le debiese... y luego el cuidado, el cariño no se pagan con nada. Pero la escasez de medios hace malo el mejor carácter... ayer, despues que usted estuvo allí, tuvimos unas contestaciones, porque yo la dije que no podia amar al señor de Guzman, y que nunca entraria en su plan de casarme con él.

MAG. Y mas cuando usted sé yo que quiere á otro.

CAND. Puede ser. Despues me dijo mi tia que si no la obedecia, no podia seguir haciendo nada por mí... No he dormido en toda la noche, buscando algun modo de no serla gravosa sin que peligrase mi fama... y me ocurrió que quizá hoy quiera hacer el Duque lo que entonces propuso... Su hija tardará algo en casarse... si corresponde al afecto que yo la tendré, acaso me conserve á su lado despues de casada, y por la mediacion de la buena amistad de usted logre yo, si no una posicion brillante, independiente al menos y tranquila, que es lo que deseo.

MAG. Hoy mismo iré á ver al Duque.

CAND. ¿De veras?

MAG. Si, voy á salir para eso.

CAND. ¡Ah! ¡qué buena es usted para mí!

MAG. Convendria que escribiese usted una carta.

CAND. Pues me voy y la enviaré al instante.

MAG. No; mejor es escribirla aqui... la escribe usted mientras yo voy á ponerme la mantilla... en mi cuarto la

espero, y despues aguarda usted aqui la respuesta, que yo la traeré antes de una hora. [1]

CAND. No puedo detenerme tanto. Salí con la doncella sin decir nada á mi tia... y si me echa de menos tendrá cuidado.

MAG. [2] Si vienen el señor de Mendoza ó el señor de Guzman que hagan el favor de esperar. [3] Podrian entrar visitas que nos entretuviesen... en mi cuarto espero. [4]

ESCENA III.

CANDIDA, MENDOZA.

CAND. [5] Me parece que he tenido una inspiracion feliz. ¡Dios quiera ampararme! ¡Oh! si; ¡él me protegerá con su suma bondad! [6] ¡Ay! [7]

MEND. ¿Qué es eso? ¿se asusta usted?

CAND. No, pero... no esperaba...

MEND. Parece usted hoy mas alegre.

CAND. Me dice el corazon que va á mejorar mi suerte... y lo debo á usted.

MEND. ¿Pues qué le ha ocurrido á usted?

CAND. Ya lo sabrá usted... para mi mejor amigo no he de guardar secreto. Hasta luego.

MEND. ¿Tan pronto?

CAND. Voy á volver dentro de poco. Ahora diré á la Condesa que le detenga á usted aqui. [8] Sea usted siempre franco como ayer. ¡Cuán útil suele ser la franqueza de un hombre de bien! [9]

1 Tira de la campanilla.
2 A un criado que entra.
3 Se va el criado.
4 Se va.
5 Sola, escribiendo.
6 Mientras dice esto, sale Mendoza, y escucha.
7 Viéndolo.
8 Apretándole la mano.
9 Se va.

ESCENA IV.

MENDOZA *solo.*

Difícil es entender y definir el corazon de la mujer; pero todavia es mas singular el de una jóven. Ayer una y hoy otra. Sabe Dios cuanto interés me inspira su suerte vacilante, entre la tendencia de su recto corazon, y los malos ejemplos que la rodean. [1] Pongamos el epitafio á este epistolario difunto, y que la tierra le sea ligera. [2] A la señora Condesa de Montevano... ¡Guzman por aquí! [3]

ESCENA V.

MENDOZA, GUZMAN.

MEND. Caro Guzman, no hace mucho que he hablado de usted, ó mejor dicho que he oido hablar de usted.

GUZM. ¿En dónde?

MEND. En casa del padre de Urdaneta.

GUZM. ¿Y de qué me conoce á mí ese caballero?

MEND. No personalmente; pero tiene relaciones con el Ministro de la Guerra, y sabiendo que yo conozco á usted, me ha preguntado si sabia los motivos de la dimision que ha hecho usted de su empleo... él es militar antiguo, y dice que es una pérdida para el ejército. Yo respondí que ignoraba y aun ponia en duda el hecho; pero él me aseguró que era indudable, pues que lo sabia de boca del Ministro.

GUZM. Si, es cierto; y si no lo habia dicho á usted es porque...

MEND. Cada cual tiene sus secretos, y la amistad, por mucho que sea su cariño, no ha de llegar hasta la indiscrecion. Cuando usted ha tomado una resolucion tan grave, sus motivos habrá tenido. Y de salud ¿cómo estamos?

1 Saca las cartas.
2 Escribe.
3 Viéndole, vuelve á guardar las cartas.

GUZM. Perfectamenee. Qué ¿se va usted ya?

MEND. Si... la Condesa no viene.

GUZM. La aguardaremos juntos si usted quiere.

MEND. El caso es que yo tengo que hacer una visita.

GUZM. ¿Quiere usted que yo la diga algo?

MEND. Dígale usted si gusta, que le traia su encargo.

GUZM. Alguna comision misteriosa. Como está usted enfadado conmigo...

MEND. No por cierto; ¿y por qué?

GUZM. Por esta razon. Usted es mi buen amigo, y tiene derecho á extrañar que le oculte mis secretos, pero lo hice porque me lo pidió persona... á quien yo no podia negarme, y no solo oculté la verdad, sino que dije á usted ayer una mentira de que me acuso: ¿quiere usted mas? Pero ahora lo voy á decir todo, porque me pesa de haber engañado á usted.

MEND. Pues yo le ruego que no me lo diga... me pesan los secretos ajenos.

GUZM. ¿Rencores conmigo?... hoy mismo iba yo á casa de usted á pedirle un favor.

MEND. ¿Un favor?

GUZM. Si, porque me caso.

MEND. ¿Usted?

GUZM. Yo.

MEND. ¿Y con quién?

GUZM. Adivínelo usted.

MEND. ¿Cómo quiere usted que yo?...

GUZM. Ya decia yo á usted en nuestra primera entrevista, que los informes que pedia iban á tener la mayor influencia en la suerte de mi vida. Me caso con la Condesa.

MEND. ¿Con Magdalena? [1] ¿Con la Condesa?

GUZM. Si.

MEND. Vamos, usted se chancea.

GUZM. No es broma, no.

MEND. ¿Conque es de veras?

GUZM. De veras.

MEND. ¿Y ha salido de ella la idea?

GUZM. No, de mí.

MEND. Le felicito á usted, amigo mio.

GUZM. Parece que la noticia ha sorprendido á usted.

1 Volviendo en sí.

MEND. Confieso que no la esperaba. Sospeché si, que á pesar de lo que me dijo usted ayer, seguian los amores, y aun supuse que la dimision era para estar mas tiempo á su lado, pero nunca me pasó por la imaginacion nada de matrimonio.

GUZM. ¿Y por qué no?

MEND. Porque en mi sentir el matrimonio es cosa muy grave... esto de comprometer toda su vida á una sola palabra, merece reflexionarse un poco mas de lo que usted lo ha hecho.

GUZM. Pues al contrario; yo opino, amigo mio, que la fortuna se ha de meter en casa como dice el refran, no sea que se nos escape. Soy libre, sin familia, con treinta años, y es la primera vez que me enamoro; ella es libre como yo, jóven, digna de mi estimacion, como usted mismo me ha asegurado. La amo y me ama... nos casamos; ¿hay cosa mas natural?

MEND. Si... ¿y cuándo piensa usted?...

GUZM. Lo mas pronto posible... la Condesa no quiere que se sepa... piensa que vivamos retirados, y aun queria que nos casasemos fuera de Madrid... Pero yo me he empeñado en que sea aqui por causa de usted.

MEND. ¿De mí?

GUZM. Si, porque deseo que sea usted testigo de mi boda.

MEND. ¿Yo testigo de la boda de usted con la Condesa? Imposible.

GUZM. Como... ¿se niega usted?

MEND. Salgo mañana de Madrid.

GUZM. No me habia usted hablado antes de ese viaje... ¿Qué le ha dado á usted? Esa turbacion.

MEND. Es que el caso no es para menos.

GUZM. ¿Pues qué hay?... Con franqueza.

MEND. Guzman ¿cree usted que el consejo que yo le dé, por graves que sean las consecuencias, será siempre por su bien?

GUZM. Si... ¿pero qué?

MEND. Que retarde usted esta union, pues que es tiempo todavia.

GUZM. ¿Qué quiere usted decir con eso?

MEND. Quiero decir que por grande que sea el amor, no debe uno casarse, cuando puede tomar otro partido.

GUZM. Cuando he dicho que amo á la Condesa, me olvidé sin

duda de decir, mi querido Mendoza, que la respeto tanto como la amo.

MEND. Bien, basta de esto por ahora. Ya nos veremos.

GUZM. ¿No aguarda usted á la Condesa?

MEND. Volveré.

GUZM. ¡Mendoza!

MEND. ¡Guzman!

GUZM. Usted me calla alguna cosa.

MEND. No; nada.

GUZM. Oh, que si.

MEND. Es usted un hombre singular.

GUZM. ¿Pues qué hay en mí de extraño?

MEND. Que no hay modo de hablar con usted, sin que se convierta en mal el bien que se le quiere hacer. A la menor palabra se dispara usted como un cañon de artilleria, y adios razon y juicio. Con ese rigorismo, con esa franqueza brusca, no se pueden tratar cuestiones delicadas, y de suyo desagradables y difíciles; y de nada me sirve el buen espíritu que me anima en favor de usted.

GUZM. No, amigo mio, el oficio de soldado no me priva de la razon... Comprendo por lo que usted da á entender, que los lances de amor tienen dos aspectos, uno serio y otro ridículo; y si el mio es ridículo, como voy creyendo, el deber de un buen amigo como usted, es alumbrar mi falta de experiencia, y asi que lo vea claro, yo seré el primero que me ria.

MEND. Ahora dice usted eso y luego sé que no se ha de reir.

GUZM. No me conoce usted... cualquiera puede engañarse... y cuando se le hace ver su error, lo mejor en casos como este es reirse. César ó nada, es mi divisa.

MEND. ¿Me da usted palabra de tomarlo de ese modo?

GUZM. Palabra de honor.

MEND. Pues siendo asi, mi querido amigo, riamos.

GUZM. Es decir que me he engañado de medio á medio; y que no me quiere.

MEND. No; poco á poco; yo no digo eso, antes creo que si le quiere á usted, y á ella conviene el matrimonio... Pero á usted... es diferente.

GUZM. Es decir, que ella... Cuéntelo usted todo, amigo mio.

MEND. Seria cosa larga... Y luego no debo yo mezclarme en negocios ajenos. Baste decir que no debe usted casarse con Magdalena.

GUZM. ¡Es posible!

MEND. Preciso es venir del otro mundo para dudar de esto.

GUZM. Ay amigo mio, ¡qué servicio tan grande me hace usted!.. Ahora entiendo, por qué queria que nos casasemos de secreto, que fuese fuera de Madrid, y que yo desconfiase de usted...

MEND. Sospechaba con razon, que mi leal amistad no habia de consentir que usted se casase sin saberlo todo.

GUZM. ¿Pero sabe usted que es lista? ¡Cómo se habia apoderado de mi corazon y de mi juicio!

MEND. Oh, es muy seductora... Y luego tiene un talento superior á cuantas la rodean. Créame usted, no se case con Magdalena; pero quiérala usted, que bien merece la pena.

GUZM. Pero usted sabe mas de ella y no me lo quiere decir.

MEND. ¿Yo? No por cierto.

GUZM. Ahora se hace usted el reservado.

MEND. Tiempo tendremos de hablar.

GUZM. Hoy, sin embargo, ha sido usted mas franco que el primer dia que la encontré en casa de usted.

MEND. Entonces como ahora, he dicho lo que debo. Entonces no me era usted conocido; y ademas, suponia yo que solo se trataba de un capricho pasajero... Y en seguida se volveria usted á su isla de Cuba, libre como vino. Pero ahora, que por una parte conozco el carácter de usted, franco y honrado, y por otra veo que se trata de matrimonio, debo hablar de otra manera. Entonces la franqueza hubiera sido en mí una indiscrecion: ahora mi silencio seria una deslealtad. ¿Perderé por eso la amistad de usted?

GUZM. ¡Perderla, querido mio! ¿Está usted loco? Dígame usted mas bien que por ello me obliga para siempre.

MEND. Con los enamorados no puede uno fiarse.

GUZM. No hay cuidado; porque ya no la amo.

MEND. No hay necesidad de decir que todo lo que hemos hablado, debe quedar entre nosotros.

GUZM. Naturalmente. Pero ahora, ¿qué me aconseja usted hacer?

MEND. Hombre, eso usted sabrá.

GUZM. Es difícil, porque al punto á que han llegado las cosas, necesito un motivo...

MEND. Ya tendrá usted alguna inspiracion cuando llegue el caso. Y antes se verá ella obligada á confesar su historia... Entonces no es menester mas motivo.

GUZM. ¿Qué historia?

MEND. Para ser viuda es menester haber sido casada... y un marido muerto, es mas difícil de improvisar que uno vivo.

GUZM. Es decir, que no es viuda.

MEND. Que no ha sido nunca casada.

GUZM. ¿Pero está usted seguro de eso?

MEND. ¡Que si estoy seguro! Como que nadie ha visto al conde de Montevano. ¿Pero qué mas? Acérquese usted al Duque de Cumbres Mayores, á quien conoce su hermana de usted, y ese tiene de la Condesa, que digamos, largas noticias. Pero no me nombre usted á mí. Son servicios que pueden hacerse á un amigo, y que no se deben divulgar. Con esto, adios, que no quiero que ella me encuentre aqui... Podria sospechar y... Ya sabe usted que debe ignorar esta conversacion.

GUZM. Oh, se entiende. Ya no la doy el recado que me dijo usted antes.

MEND. ¿Qué recado?

GUZM. Que luego la traeria usted lo que ella le habia encargado.

MEND. No; no la diga usted nada.

GUZM. ¿Y qué era el encargo? ¿Se puede saber?

MEND. Unos papeles.

GUZM. ¿Papeles de negocios?

MEND. Pues.

GUZM. Negocios de interés...

MEND. Eso es; conque adios.

GUZM. No es hoy, amigo mio, la primera vez que usted me ve... Me parece que deberia ser ya enteramente franco conmigo... Esos papeles son cartas, confiéselo usted. [1] Veámoslas: al caso que hemos llegado, cuanto mas sepa yo, será mejor.

MEND. Pues bien, si... son cartas.

GUZM. Cartas que ella escribió á usted y que estando para ca-

1 Momentos de silencio.

sarse, quiere recoger... Haga usted por mí una cosa.

MEND. ¿Qué cosa?

GUZM. Déjemelas usted ver.

MEND. ¿A usted?

GUZM. Si.

MEND. Bien conoce usted que eso no se puede hacer.

GUZM. ¿Y por qué no?

MEND. Porque no se entregan asi á otro las cartas de una mujer.

GUZM. Hay casos de casos. Segun las relaciones del que las tiene con el que desea verlas.

MEND. En cualquier caso son sagradas las cartas de una débil mujer, sea la que fuere su conducta ni su posicion.

GUZM. Es tarde ya para hacerme esas reflexiones.

MEND. ¿Cómo asi?

GUZM. Porque cuando se da principio á una confianza como la que usted acaba de hacerme, es menester llegar hasta el fin.

MEND. ¿Lo ve usted, Guzman? ¡Cuánto mejor me hubiera estado callar!

GUZM. ¿Por qué?

MEND. Por que lejos de reirse, ama usted mas á Magdalena de lo que dice, porque la risa de antes era una ficcion para hacerme hablar, y porque es usted mas diestro de lo que yo podia creer.

GUZM. En nombre de nuestra amistad, querido Mendoza, deme usted esas cartas.

MEND. Me pide usted una cosa imposible, indigna de usted y de mí. Me extraña en usted semejante peticion.

GUZM. Yo pido naturalmente la prueba de lo que acabo de oir.

MEND. No; porque está usted en libertad de creerlo ó no.

GUZM. Yo haria por usted lo que le pido que haga por mí.

MEND. Júrelo usted.

GUZM. Yo... [1]

MEND. ¿Lo ve usted?

GUZM. Tiene usted razon. Pero juro por mi honor no leerlas. Démelas usted, y yo las pondré en manos de la Condesa.

MEND. No.

1 Se calla.

GUZM. ¿Duda usted de mi palabra?
MEND. Nunca: Dios me libre.
GUZM. Y sin embargo...
MEND. Mire usted, Guzman, veo que no me perdonará usted nunca haberle dicho la verdad; pero no importa, yo he cumplido con mi deber... No podia vacilar un hombre honrado entre ser tácitamente cómplice de esa señora ó hacer la declaracion que he hecho á un amigo. Entre hombres de mundo, lo que he dicho hubiera debido bastar... No ha bastado... Supongamos que no hemos hablado nada.—Yo he venido á entregar á la señora doña Magdalena ó dejar aqui, si no estaba en casa, estos papeles que la pertenecen desde el momento que me los ha pedido, y yo se los traigo. No está aqui y los dejo cerrados y sellados sobre esta mesa para que los encuentre cuando vuelva... Mas tarde vendré á ver si los ha recibido.—Ahora, pues, mi amigo Guzman, haga usted lo que guste. Soy y seré amigo de usted mientras usted quiera que lo sea. Adios, hasta la vista. [1]

ESCENA VI.

GUZMAN, *solo.*

Mendoza... [2] Bien mirado, la vida anterior de esta mujer me pertenece, supuesto que voy á hacerla mi esposa... Leamos pues... [3] Imposible, tiene razon Mendoza.

ESCENA VII.

GUZMAN, MAGDALENA.

MAGD. Mucho he tardado, amigo mio.
GUZM. No tal; y yo he estado acompañado.
MAGD. ¿Con quién?
GUZM. Con Mendoza.
MAGD. ¿Y cómo no me ha aguardado?

1 Se va.
2 Tomando las cartas.
3 Volviendo á dejar las cartas.

GUZM. Parece que tenia que hacer.

MAGD. ¿Volverá?

GUZM. Si. ¿De dónde bueno, mi querida?

MAGD. De asuntos enfadosos, pero como era por usted no me quejo.

GUZM. ¿Por mí?

MAGD. Si, porque al dar á usted mi mano, debo arreglar todos mis asuntos... Me quejaria solo, si usted hubiera mudado de pensamiento...

GUZM. No, todavia.

MAGD. ¿Es decir que podrá suceder?

GUZM. Eso penderá de usted.

MAGD. Entonces no tengo cuidado, si usted me ama como antes...

GUZM. Oh, siempre, y mas de lo que usted puede creer. Conque viene usted de.,.

MAGD. De casa de mi escribano, porque es menester que mi marido sepa lo que tengo.

GUZM. ¿Bien, y despues?

MAGD. De sacar mi fé de bautismo .. aqui está... Vea usted que no le he engañado... Soy ya vieja... Veintiocho años. [1] «Una niña que nació el 4 de Febrero de 1818, á las once de la noche, hija de Juan Jacinto, Conde de Marcio, y de Josefa Enriqueta Martinez, su legítima esposa.» Ve usted que no soy nacida de las yerbas... Y luego... Hé aqui lo que resta de mi primer amor: un pliego de papel que á penas puede leerse, frio y seco como el epitafio de un sepulcro: mi partida de casamiento... No estaba yo muy alegre aquel dia, mi querido Guzman, porque la verdad, no amaba á mi marido, obedecia solo á mis padres... Bien es, que no tengo queja alguna de la conducta del conde para conmigo... Y esta es la fé de difunto de mi marido, es decir, el derecho de poder llamar á usted mio á la faz del mundo. Como se ve, hace ocho años que soy viuda... Lo pasado está en regla... Ocupémonos ya en lo futuro... ¿Qué tiene usted? Está usted pensativo.

GUZM. ¿Quiere usted dejarme ver esos papeles?

MAGD. Guárdelos usted, pero cuidado no se pierdan. [2]

1 Lee.
2 Se los da.

GUZM. Descuide usted... Los guardaré con los mios. ¿Eso es todo lo que ha hecho usted esta mañana?

MAG. No, tambien he estado á ver á mi tutor, el Duque de Cumbres Mayores, en favor de la jóven Cándida... Por cierto que no he sido feliz en mi pretension... Vendrá á buscar la respuesta y no sé como dársela.

GUZM. Pues escríbala usted. Es medio que se usa para dar las malas noticias.

MAG. Es un fastidio escribir.

GUZM. Segun á quien se escribe... Si es á la persona á quien se ama...

MAG. Ah, entonces es otra cosa.

GUZM. Pues nunca me ha escrito usted á mí.

MAG. ¿Y para qué? ¿No nos vemos contínuamente? Luego mi letra es tan mala... Garabatos que no se pueden leer.

GUZM. Veamos esa mala letra.

MAG. Si usted me quisiese, escribiria por mí la carta.

GUZM. No, mejor es que la escriba usted de su puño y letra.

MAG. ¿Lo quiere usted?

GUZM. Si.

MAG. Pues vamos. «Mi querida niña...» ¡Jesus qué mala pluma!.. «He estado á ver al Duque, pero no le he encontrado en la buena disposicion que creia.» ¿No se puede leer? ¿Es verdad? [1]

GUZM. Sin embargo... ¿Quiere usted darme lo escrito?

MAG. ¿Para qué?

GUZM. Démelo usted.

MAG. Vaya pues.

GUZM. Se me olvidada decir que Mendoza ha dejado un paquete para usted.

MAG. ¿Qué contiene?

GUZM. Cartas.

MAG. ¿Cartas? ¿De quién?

GUZM. Cartas que le habia usted pedido.

MAG. ¿Yo?

GUZM. Usted, si, usted.

MAG. ¿Pero cartas de quién?

GUZM. De usted misma.

MAG. ¿De mí? No entiendo una palabra. ¿Y dónde estan esas cartas?

1 Riendo y lee.

GUZM. Aqui estan.

MAG. Vengan.

GUZM. ¿Me permite usted, mi querida Magdalena, que las vea?

MAG. ¿Y el señor Mendoza las ha traido para mí?

GUZM. Si, ya lo he dicho.

MAG. Pues entonces, abra usted y lea, porque lo que es para mí, es para los dos. Vea usted todo lo que quiera, sin aguardar á que yo vuelva... Pero espero que á la vuelta me explicará usted lo que esto significa, porque yo no entiendo una palabra.

GUZM. Si, yo lo explicaré á usted, ó mejor dicho, nos explicaremos los dos. [1]

MAG. ¿Qué resulta?

GUZM. Que aqui se burlan de uno de nosotros.

MAG. Pues seguramente es de mí, porque yo estoy en bábia.

GUZM. Vea usted estas cartas.

MAG. Parece letra de mujer.

GUZM. Léalas usted.

MAG. [2] Cartas de amor ó cosa por el estilo... No muy tiernas... Pero en fin, pueden pasar por cartas de amor. ¿Y bien, y qué?

GUZM. No sabe usted quién las ha escrito?

MAG. ¿Cómo he de saberlo, si no estan firmadas?

GUZM. Luego la letra no es de usted.

MAG. ¿Mia? ¿Está usted loco?.. Ojalá fuera mi letra, porque es muy bonita... Esta mujer escribe muy bien.

GUZM. Entonces, ¿á que las mentiras de Mendoza con aquel aire de verdad?..

MAG. ¿Qué mentiras, ni qué significa todo esto? ¿Ha dicho el señor de Mendoza que yo he escrito estas cartas?

GUZM. Si.

MAG. ¿Pues entonces habrá sido él mi amante?

GUZM. Asi parece.

MAG. ¿Y él lo ha dicho asi?

GUZM. Lo ha dado á entender.

MAG. Despues de haber afirmado lo contrario, ¿qué significa esta broma de mal género?

GUZM. No, si no lo dijo en broma.

1. Abre y compara la letra de una carta con la de Magdalena á Cándida.

2 Recorriendo algunas.

MAG. Pues entonces es que se burla de usted. Usted le engañó ayer, y él quiere vengarse hoy; conozco al señor de Mendoza antes que usted... Le creo incapaz de una bajeza, y esta lo es... Me obsequió algun tiempo, y tengo cartas suyas que podria enseñar... Se me figura que no lleva á bien mi casamiento porque le quita toda esperanza... Pero de esto á impedirlo por medio de una calumnia, hay mucha distancia. No comprendo esto; pero creo á Mendoza incapaz de una accion semejante.

GUZM. Yo lo averiguaré.

MAG. ¿Pues qué necesita usted averiguar? ¿Duda usted de mí?

GUZM. Es un negocio entre los dos. Pero júreme usted que cuanto él ha dicho es falso.

MAG. ¡Jurar yo! Veo que hay en esto una cosa peor que la accion del señor Mendoza... una traicion por parte de usted.

GUZM. ¡Traicion!

MAG. Si: le pesan á usted sus compromisos y quiere librarse de ellos. Para eso era mas fácil decírmelo á mí francamente que buscar un medio que... será mas ingenioso, pero es bien poco delicado.

GUZM. ¿Me acusa usted de una traicion, Magdalena?

MAG. Y usted ¿de qué me acusa á mí?

CUZM. Mendoza va á venir: delante de él nos explicaremos los dos.

MAG. ¡Cómo es eso! ¿Necesita usted la autorizacion del señor de Mendoza para creer lo que toca á mi honor? ¿Quién cree usted que soy yo, caballero? Yo le amaba á usted, pero confieso que ese carácter celoso y suspicaz me espantaba, y por eso mis vacilaciones para casarme... siempre creí merecer la estimacion de usted al menos... no quiero saber la razon ni los motivos de todo este enredo... me ha sometido usted á una prueba humillante para mi amor y para mi decoro... ha dudado usted de mí... Todo concluyó ya entre nosotros.

GUZM. Los celos comprueban mi amor... porque es mucho lo que amo á usted, mi querida Magdalena.

MAG. Yo no quiero que me amen de ese modo.

GUZM. Pues yo juro á usted...

MAG. Basta, señor de Guzman.

GUZM. ¡Magdalena!
CRIADA. La señorita del Egido.
MAG. Que entre.
GUZM. Pues yo no me voy. [1]

ESCENA VIII.

DICHOS, CÁNDIDA.

CAND. Yo soy, señora.
MAG. Bien venida, querida mia. [2] Usted me dispense, señor de Guzman, pero tenemos que hablar esta señorita y yo.
GUZM. ¿Y cuándo podré tener el gusto de volver á ver á usted?
MAG. Ya... hasta mi vuelta, porque marcho de Madrid esta tarde, y hasta entonces no puedo recibir á nadie. [3]

ESCENA IX.

MAGDALENA, CÁNDIDA.

MAG. [4] Si vuelve el señor de Guzman, que no estoy en casa... si insiste, que he prohibido la entrada. [5] He visto al Duque, hija mia, y tengo que dar á usted una mala noticia... Tiene el mayor interés por usted, pero...
CAND. Pero no puede hacer lo que le pido.
MAG. Él bien quisiera... pero...
CAND. Pero las consideraciones del mundo no lo permiten... Yo lo he pensado despues... y no extraño que tenga reparo en poner al lado de su hija una jóven que se halla en la posicion excepcional en que yo me encuentro. Dichosa hija, que tiene un padre que cuide de su nombre... Perdone usted, señora, la molestia que la he causado.
MAG. Yo bien hubiera querido... el Duque la estima á usted mucho, y me ha dicho que desea una ocasion de manifestarlo... que si hubiese un hombre de bien, capaz de

1 Entra Cándida.
2 A Guzman.
3 Saluda Guzman y se va. Magdalena toca la campanilla.
4 Al Criado, que entra.
5 A Cándida.

hacerla á usted feliz, y no hubiese mas obstáculo que la fortuna, él removeria ese obstáculo.

CAND. Yo pedia un apoyo, no una limosna.

MAG. ¿Por qué dice usted eso? No hay que desesperar. Usted es digna de ser feliz, y ¿quién sabe si el hombre á quien usted ama no llegará un dia á amar á usted, ó no la ama ya? Y si la ama, ¿quién se opone á que dé á usted su mano?

CAND. Yo no amo á nadie.

MAG. Sea, querida Cándida, si usted quiere guardarme el secreto.

CAND. Creo que he oido decir que marcha usted esta tarde.

MAG. Si.

CAND. Pues entonces quizá no nos volvamos á ver. No por eso olvidaré nunca las bondades de usted.

MAG. Yo escribiré á usted, y donde quiera que me halle siempre desearé ser útil á tan buena jóven.

CAND. Gracias [1] y adios.

MAG. Adios y... valor.

CRIADO. El señor don Justo Mendoza [2].

ESCENA X.

DICHAS, MENDOZA.

MEND. ¿Se va usted por mí, señorita?

CAND. No, señor, ya me iba.

MEND. Está usted triste. ¿Qué tiene usted?

CAND. Las horas se suceden, pero no se parecen unas á otras.. yo me entregué á una esperanza, y veo que la vida es muy triste para la que tiene que resistirla sola.

MEND. Pero cuando se juntan dos... ¿no soy yo verdadero amigo de usted?... No quisiera verla á usted triste... Si usted me lo permite, iré á verla para que me cuente sus penas.

CAND. Y lo que usted me aconseje hacer, eso haré.

MEND. Pues no tardaré mucho. [3]

1 La besa.
2 Cándida se prepara á marchar.
3 Se dan la mano y se va Cándida.

ESCENA XI.

MAGDALENA, MENDOZA.

MAG. ¡Qué escena tan tierna! Seria cosa de ver que usted se casase con esta chica, despues de lo que ha hablado de ella.

MEND. Antes no la conocia y ahora la conozco.

MAG. Lo cual prueba que no debe uno apresurarse á hablar mal de nadie; y esto me trae á la memoria una cuenta que tengo que pedir á usted.

MEND. ¿A mí?

MAG. Si, hágase usted ahora el inocente. Ha dicho usted á Guzman que no debe casarse conmigo.

MEND. Es verdad.

MAG. Y ademas le ha dicho usted por qué.

MEND. Cierto.

MAG. Tiene usted al menos el mérito de la franqueza. Se confiesa usted autor de una... hay una palabra propia para este caso.

MEND. ¿Una tonteriá?

MAG. No.

MEND. ¿Una maldad?

MAG. Todavia no es eso.

MEND. Una bajeza... tiene usted la palabra en la punta de la lengua, ¿no es verdad?

MAG. Exactamente: una bajeza.

MEND. ¿Y en qué está la bajeza?

MAG. En que un hombre de honor calla siempre esas cosas.

MEND. Lo cual prueba que usted y yo tenemos felizmente una idea diversa del honor.

MAG. ¿Y usted creyó que el señor de Guzman no me contaria á mí esa conversacion?

MEND. Lo creí, porque me dió su palabra.

MAG. Tambien usted me la dió á mí de ser mi amigo.

MEND. Amigo si; pero no cómplice.

MAG. Dura es la palabra. ¿Y creeria usted que eso mismo ha venido á redundar en provecho mio?

MEND. Tanto mejor. Asi he cumplido con mi deber y he hecho á usted un servicio.

MAG. Está mas enamorado que nunca.

MEND. ¿De veras?

MAG. Como que no puedo enfadarme contra usted. Es inconcebible que un hombre de talento como usted no advirtiese que caia en un lazo.

MEND. ¿En un lazo?

MAG. Pues es claro, pobre amigo mio. ¿No sabe usted que la mujer mas boba, y yo no soy esa, es diez veces mas astuta que el hombre mas avisado? Ya conocí yo ayer por la conversacion que nuestra amistad no habia de durar mucho, y que tratándose de matrimonio, la delicadeza de usted me habia de declarar la guerra. Era necesario dar un golpe maestro para que en adelante quedase inhabilitado el enemigo. Entonces pedí á usted mis cartas, y usted vino y las trajo como un cordero... Esto solo debió abrir á usted los ojos... ¿Soy yo acaso mujer de recoger mis cartas? Pero usted sin sospechar nada vino con sus cartas en el bolsillo... y yo, midiendo la hora, salí para que se encontrase usted aqui con don César... En efecto, usted hizo su papel de hombre de bien, descubriendo á Guzman nuestras relaciones y dejando en su poder mis cartas... Vuelvo yo, y como él no conocia mi letra, me hace escribir en su presencia, y comparando ambos caractéres, resulta...

MEND. ¿Qué?

MAG. Que como no se parecen en nada, está convencido de que soy víctima de una calumnia... que me quiere mas que nunca; y hoy no tiene mas que una idea fija: levantar á usted la tapa de los sesos. ¿Cómo á la edad de usted, no conoció que el modo infalible de reñir con el mejor amigo, es hablarle mal de la mujer á quien quiere, aunque de ello se le den pruebas auténticas?... Le despedí por sus sospechas, le dije que no le veria mas, que me marchaba hoy mismo de Madrid... ¿qué sé yo?.. todo lo que dice en tal caso una mujer que no es tonta... Le hice entender que nunca me casaria con él; y dentro de diez minutos estará aqui de fijo, y dentro de ocho dias estará casado conmigo. Hé aqui lo que usted ha hecho, amigo mio; ha perdido usted la apuesta.

MEND. ¿Conque tiene usted dos caractéres de letra?

MAG. No por cierto; no tengo mas que uno, y ese no muy bueno.

MEND. ¿Pues entonces, cómo?...

MAG. Voy á aclarárselo á usted todo, porque soy enemiga generosa, y no le guardo á usted rencor. Sepa usted, ingrato amigo, que cuando una mujer ha pasado como yo diez años, guardando su vida de las asechanzas de sus enemigos, lo primero que cuida es de evitar toda accion que pueda comprometerla para lo futuro, y la primera de estas es la mania de escribir cartas. De diez mujeres descubiertas, las dos terceras partes lo son por cartas que han escrito Las cartas de una mujer, estan destinadas á que las pierda el que las recibe, las devuelva á quien las escribió ó las intercepte y lea el que no debe verlas; otras veces las roba una criada, y entonces las ve todo el mundo. En amores es muy peligroso escribir, y casi siempre inútil. Aplicando esta teoria, resulta que yo me propuse no escribir, y hasta ahora he cumplido mi propósito.

MEND. ¿Pues y las cartas que yo recibia de usted?

MAG. Eran de la viuda Leonor, que es una escritora de primer órden, que en Cádiz no se separaba de mí; y que escribia á usted en mi lugar, y contestaba á cartas que ni siquiera leia yo. Su letra es hermosa, gallarda, clara, y sus renglones mas derechos que una dama inglesa en el paseo. Asi pues, mi querido amigo, usted ha estado en correspondencia con Leonor... pero tranquilícese usted, yo lo reservaré siempre de don Marcos Morales su marido, para que no se entibie su amistad con usted.

MEND. No tengo nada que decir, sino que hay pocas mujeres de tanto ingenio.

MAG. Ahora hablemos con formalidad. ¿Con qué derecho ha ha hablado usted contra mí á don César? ¿Tiene usted alguna queja de mí? Si por ventura fuese Guzman un antiguo amigo de usted, un compañero de la infancia, un hermano... pero nada de eso, hace ocho dias que le conoce usted. Por otra parte, ¡si usted fuese enteramente imparcial y desapasionado en la cuestion!.. pero francamente, ¿no cree usted haber cedido en sus consejos, á las sujestiones del amor propio ofendido? Sé que usted ya no me ama; pero aun asi y todo se lleva á mal oir decir, que ya no le ama á uno la mujer á quien quiso; y mas todavia, que ama á otro. Y porque

usted quiso tener un tiempo el capricho de obsequiarme, porque yo confié en sus palabras, porque le juzgué á usted enamorado, galan y constante, porque le amé tal vez... ¿ha de ser usted un obstáculo á la felicidad de mi vida? ¿Le he comprometido á usted alguna vez? ¿Le han arruinado á usted mis gastos y caprichos?... ¿le he engañado? Supongamos, y yo lo confieso de buena fé, que mis antecedentes no me hagan digna á los ojos del mundo, de alcanzar el nombre y la posicion honrosa que ambiciono; ¿será justo por eso, que usted, que ha contribuido á mi desgracia, me cierre el único camino que tengo de repararla? No, mi querido Mendoza, no es justo que el que se ha aprovechado de la debilidad de una mujer, saque de aqui armas para herirla y envilecerla. El hombre, por poco que se vea correspondido de una mujer, si ella no ha tenido por base el interés ó cálculo, debe creerse siempre obligado en su favor, y por mas que la proteja y favorezca, nunca hará tanto como ella hizo por él.

MEND. Por Dios que tiene usted razon. Quizá he cedido sin conocerlo á una mala pasion, á los celos, creyéndome solo inspirado por los sentimientos del honor. Pero sin embargo, todavia creo que ningun hombre de bien hubiera dejado de hacer en mi caso lo que yo hice. Por mi amigo Guzman debí hablar, aunque por usted debí callar. Bien dice el proverbio de los árabes; la palabra es plata, pero el silencio es oro.

MAG. Bien, basta: no queria yo oir decir á usted mas. Pues ahora...

MEND. ¿Ahora qué?

MAG. [1] Nada. ¿Que ocurre?

CRIADA. Que el señor de Guzman está ahí.

MAG. Yo habia encargado una cosa.

CRIADA. Si señora, pero ese caballero se obstina... Ya le he dicho: «la señora Condesa no recibe.» Entonces me contestó, que sabia que estaba aqui el señor de Mendoza, que viniese á verlo, y en caso de ser cierto, dijese á este caballero que le esperaba fuera para hablarle.

MAG. [2] Al señor de Guzman que entre.

1 Viendo entrar á la Criada.
2 A la Criada.

MEND. ¿Va usted á recibirle?

MAG. No, le recibirá usted para decirle... lo que crea conveniente. No olvide usted que me ama, que le amo y que soy firme en mis resoluciones. Hasta la vista, querido Mendoza.

ESCENA XII.

MENDOZA, GUZMAN.

MEND. Acabemos de una vez. [1] Usted desea hablarme, amigo Guzman, la Condesa ha salido y estamos solos, puede usted hacerlo con libertad.

GUZM. No puedo olvidar que he llamado á usted mi amigo, Mendoza... y sin embargo...

MEND. Sin embargo... ¿qué?

GUZM. Me ha engañado usted.

MEND. No es cierto.

GUZM. Oígame usted, Mendoza. Yo no debo creer sin pruebas, y la Condesa Magdalena me ha probado lo contrario de lo que usted me afirmó. Usted me dijo que nunca ha sido casada, y yo he visto con mis propios ojos su partida de casamiento. ¿Me dirá usted que este documento es falso?

MEND. No.

GUZM. Me dijo que no era viuda, y he visto tambien la partida de difunto de su marido. ¿Será tambien suplantada?

MEND. No.

GUZM. Vengo ahora de casa del Duque de Cumbres Mayores, que me ha dicho no saber cosa alguna contra la Condesa... Por último, las cartas que usted me entregó...

MEND. No son suyas, lo sé... son de una amiga suya que me las escribia como si fuesen de ella, y las dos se burlaban de mí. Pero yo no engañé á usted, sino que fuí engañado. Me creí en el derecho de advertir á usted ciertas cosas, y en realidad no lo tenia; y cuando en mi conciencia tenia pruebas contra la Condesa, me engañó mi fatuidad; queriendo en fin probar á usted que era su amigo, solo me he probado á mí mismo que soy un majadero.

1 Sale Guzman.

GUZM. Luego retracta usted todo lo que habia dicho.

MEND. Todo. Es de buena familia, ha sido casada, es condesa viuda, nada he tenido que ver con ella, y es digna de usted. Cualquiera que lo contrario diga, será un calumniador, pues tal se llama en el mundo al que dice contra una persona lo que no puede probar. Adios, Guzman, despues de lo que ha pasado no pienso presentarme mas delante de la Condesa; á no ser que ella me llame, y no creo que piense en eso. En cuanto á usted acúseme de imprevision y de ligereza, pero no de otra cosa. Adios.

GUZM. Adios. [1] ¡A este hombre le queda algo dentro!

CRIADO. Ya he dicho á usia que la Condesa ha salido, y que vendrá muy tarde.

GUZM. Bien; aguardaré. [2]

1 Se va Mendoza.
2 Se sienta.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

En casa de la Condesa Magdalena.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, *el* DUQUE.

CRIADO. El señor Duque de Cumbres Mayores.

DUQUE. Felices, Condesa.

MAG. ¿Qué ocasion me proporciona el honor de esta visita, mi querido Duque?

DUQUE. Vengo á saber si mi agente ha remitido á usted todo lo que debia remitirle.

MAG. Todo... repito á usted las gracias.

DUQUE. Ademas queria saber de usted...

MAG. Estoy bien.

DUQUE. ¿Y de casamiento?...

MAG. ¡De mi casamiento!

DUQUE. Si, ¿en qué estado está?

MAG. Es verdad... como no he visto á usted últimamente, no he podido decirle... ¿no sabe usted nada?

DUQUE. Nada.

MAG. Usted tenia razon, señor Duque, era mucha ambicion en mí... hay cosas imposibles.

DUQUE. ¿Lo conoce usted ya?

MAG. ¿Y qué remedio?

DUQUE. Vamos, cuénteme usted...

MAG. Ha habido quien hable...

DUQUE. ¿Quién?

MAG. La persona de quien menos podia yo esperarlo: el señor de Mendoza.

DUQUE. ¿Y ha dicho al señor de Guzman?...

MAG. ¡Sabe usted ya su nombre!

DUQUE. Si: y Guzman ¿qué hizo?

MAG. Creer al señor de Mendoza; pero despues... como me quiere... me ha creido á mí.

DUQUE. ¿Y ahora?

MAG. Ahora me ama aun... pero no confiado como antes, sino con celos... todo se vuelve preguntas, sospechas, averiguaciones; y yo... francamente, no me encuentro ya con fuerzas para aceptar lo que colmaba antes mi ambicion. Yo no podria vivir siempre temblando de que se desplomase sobre mí el artificio de lo pasado, tenerlo que apuntalar todos los dias con mentiras nuevas que se descubriesen al dia siguiente; y todo esto amándolo con sinceridad. Lo digo de veras: es ya imposible, y conozco que en el tiempo que llevo he agotado no solo mi energia, sino hasta mi amor. Ya no amo á don César.

DUQUE. ¿Pero es verdad eso, Magdalena?

MAG. Usted es el único á quien nunca miento.

DUQUE. ¿No ama usted á Guzman?

MAG. Ni á nadie.

DUQUE. ¿De modo que esta boda no se hace ya?

MAG. No, señor, me quedo libre y pienso irme á vivir á Paris. Alli no se pregunta á una mujer de dónde viene, con tal que sea rica, tenga buenos modales y tal cual hermosura... tomaré una casa de campo, me pondré blanco y colorete como la de Garciperez, pasearé sola de noche, como una mujer *no comprendida*, que dicen los franceses; haré versos libres, en el estilo de lord Byron; recibiré en mi casa y protegeré á los artistas; y si absolutamente quiero casarme, buscaré á un perdido noble, sin dinero, que me coma lo que tengo, que mantenga á una cómica y que me pegue por añadidura. ¿No es verdad que este es el único partido que queda á una mujer como yo?

DUQUE. ¿Pero cuándo marcha usted?

MAG. Dentro de tres ó cuatro dias.

DUQUE. ¿Sola?

MAG. Con mi doncella Sofia.

DUQUE. ¿Y el señor de Guzman sabe ya esa resolucion?

MAG. La sabe.

DUQUE. ¿Pero le ha dicho usted adónde va?

MAG. Pues si quisiera continuar viéndole, mas fácil me seria permanecer en Madrid. Mi marcha es para concluir estas relaciones, imposibles hoy y mas imposibles para lo futuro.

DUQUE. Felicito á usted y le agradezco esta su resolucion. El talento de usted y su sensatez hacen lo que le hubiera obligado á hacer la necesidad.

MAG. ¿Pues por qué?

DUQUE. Porque la casualidad ha hecho que la hermana del coronel Guzman sea amiga de mi hermana, y ha venido á mi casa á tomar informes. Por eso sé el nombre de Guzman, que no habia querido oir de boca de usted. Pero aun hay mas: este jóven me ha hablado á mí acerca de usted, y yo he preferido obrar como caballero, dejando á usted misma salir de este compromiso con los honores de la guerra, á decir lo que sé. Hoy vengo á repetir á usted lo que ya le dije: que en el momento en que conociese, sin procurarlo yo, al hombre con quien usted hubiese de casarse, me creeria en el deber de decirle la verdad. He callado, sabiéndolo, algunos dias, y ahora me alegro, supuesto que usted abandona por otras razones su proyecto de enlace. Mejor se arregla asi... si es que usted me habla con sinceridad.

MAG. Puede usted creerlo.

DUQUE. Pues que sea usted feliz: hé aqui mi último deseo... y que alguna vez no olvide usted á su buen amigo.

MAG. Yo no me olvido de nada. [1]

ESCENA III.

MAGDALENA, LEONOR.

LEONOR. ¿No es el Duque de Cumbres Mayores ese que sale?

MAG. Si.

LEONOR. Este Duque siempre tan verde.

1 Se saludan, y se va el Duque cuando entra Leonor.

MAG. ¿Y adónde va usted en ese traje?

LEONOR. Voy de viaje.

MAG. ¿Ahora mismo?

LEONOR. Muy pronto.

MAG. ¿Y adónde?

LEONOR. A Paris y despues á Bélgica.

MAG. ¿Pero sola?

LEONOR. No, acompañada.

MAG. ¿Pues y el pleito?

LEONOR. Lo abandono... un magistrado me ha dicho que lo perderé, y que mas me conviene dejar en paz á mi marido. Asi que me voy.

MAG. Hacia tiempo que no nos veiamos.

LEONOR. Si, he tenido que comprar varias frioleras para el viaje y deshacer el arrendamiento de mi casa: he pagado medio año de alquiler al casero y me ha dejado en libertad, y he dado un tanto por ciento de indemnizacion al mueblista y se ha vuelto á llevar los muebles. Ya estoy libre como el aire.

MAG. ¡Qué poco se ha acordado usted de responder á mi encargo!

LEONOR. Escribí á usted el resultado. ¿No ha recibido usted la carta?

MAG. Si; pero...

LEONOR. Pues eso es lo que vengo á decir.

MAG. Vamos á ver.

LEONOR. Escribí á la de Claromonte una carta anónima.

MAG. Bien.

LEONOR. Por supuesto que procuré disfrazar la letra. Le decia que una señora que se interesa por ella, pero que no podia decir su nombre, tenia necesidad de hablarla. Le dejaba entender que se trataba de Mendoza, le encargaba la reserva y le daba una cita para... antes de ayer.

MAG. ¿Y acudió á la cita?

LEONOR. Si: la acompañaba una mujer que se quedó á cierta distancia para dejarla hablar conmigo. La cita era en el Retiro, el dia nublado y ya un poco tarde: no podia verme la cara; pero yo vi la suya, y es guapa.

MAG. ¿Y qué la dijo usted?

LEONOR. Lo que habiamos acordado: que Mendoza la engañaba, que estaba enamorado de la Cándida, con quien trataba de casarse, á pesar de ser una mujer indigna de él.

Yo hablé en el sentido de que la de Claromonte no era mas que amiga de Mendoza, y en efecto no es mas; pero sin embargo se conoce que está enamorada de él y celosa.

MAG. ¿Le habló usted de mí?

LEONOR. Ella fué la primera que me habló: yo la dije que usted era mi amiga y que entre ustedes dos podrian estorbar esta boda, haciendo un gran servicio á Mendoza. Vaciló algun tiempo; pero al cabo me encargó mucho que la recibiese usted sola, como se lo prometí, y creo que asi lo escribí á usted. Hoy estará aqui á las dos. La pobre señora está fuera de sí... ¿Sabe usted que me admira que este Mendoza pueda inspirar á las mujeres estas pasiones tan fuertes? ¿Y qué sabe usted de él?

MAG. ¿De quién?

LEONOR. De Mendoza. ¿A cuántas se encuentra con su amigo Guzman?

MAG. No se ven.

LEONOR. ¿Pero Mendoza viene aqui?

MAG. No; pero me ha escrito.

LEONOR. ¿Y qué dice?

MAG. Me ha escrito una carta incomprensible... que me ama... que si ha querido impedir mi boda ha sido por su amor...

LEONOR. Y puede que sea verdad.

MAG. ¿Quién sabe? Puede ser... y puede que no, porque me citaba para su casa, donde dice que me dará una explicacion que no me puede dar aqui.

LEONOR. ¿Y eso no podria ocultar alguna intriga?

MAG. No sé, porque él está á matar con Guzman.

LEONOR. ¡Si pudiera darle una estocada para enseñarlo á meterse en lo que no le importa! Conviene escarmentar de cuando en cuando á los que se meten á redentores. No puedo ver al tal Mendoza, porque estoy segura de que él ha puesto de peor condicion á mi marido. Conque si puede usted jugarle una buena, no la deje usted pasar... yo la hago á usted mi apoderada y pago la mitad de las costas.

MAG. Descuide usted. No soy yo de las que olvidan. ¿Qué castigo tendrian las ofensas si las olvidase el que las recibe? Una de las cosas que dijo á Guzman fué que no podia visitar nuestra casa ninguna mujer decente. Hoy

verá aqui á la de Claromonte y entonces rectificará su opinion.

LEONOR. Pues qué, ¿va él á venir?

MAG. Si.

LEONOR. ¡Se pondrá furioso!... y si se enfadase...

MAG. No tenga usted cuidado. Si levanta el gallo le desafiará Guzman; y me parece que no tiene mucha gana de eso... Recibirá la leccion y se callará como un muerto.

LEONOR. Mejor... No sé lo que daria por verlo.

MAG. Pues quédese usted.

LEONOR. No, no puedo: tengo que marcharme. Escríbamelo usted á Paris, *poste restant*, *A Mademoisselle Josephine*, que es el nombre de mi doncella. No diga usted á nadie mi viaje, porque hasta estar en el extranjero no quiero que lo sepa mi marido. ¡Si viera usted lo que siento dejar á Madrid! ¡Tengo aqui tantas amigas! pero es preciso. Adios.

MAG. Ya me escribirá usted de allá.

LEONOR. ¡Oh! ya lo creo. Adios, adios. [1]

ESCENA III

MAGDALENA, GUZMAN.

MAG. Otra de las que no volveré á ver asi que me case. [2] ¡Cuánto ha tardado usted!

GUZM. ¿Está todo pronto?

MAG. ¿Los papeles del dicho?

GUZM. Si: ¿le firmaremos mañana?

MAG. ¿Y cuándo partiremos?

GUZM. Cuando usted diga.

MAG. ¿Pero me quiere usted como antes?

GUZM. ¿Y usted, Magdalena mia?

MAG. ¿Puede usted dudarlo? ¿Qué mas pruebas he de dar? Si, le amo á usted con todo mi corazon.

GUZM. Pero dígame usted: ¿ha vuelto usted á ver á don Justo?

MAG. No. ¿Por qué?

GUZM. Porque lo he visto venir hácia acá con su amigo Morales.

1 Se va y entra Guzman.
2 A Guzman.

MAG. Pues entonces vendrá aqui.

GUZM. Si, pero usted no debe recibirlo: asi se lo pedí yo y usted me lo prometió.

MAG. Despues me ha escrito que tiene que hablarme y voy á recibirlo como si nada hubiera pasado. Aconsejo á usted que haga lo mismo. Las injurias se han de escribir en el agua.

GUZM. Bueno. Pues vaya usted á preparar la funcion de mañana. Quiero que se dé parte de nuestra boda á todos los amigos, incluso el señor de Mendoza, á quien voy á recibir ahora, porque quiero ser la primer persona que vea aqui y darle á entender la actitud que le corresponde guardar en la casa de usted.

ESCENA IV.

GUZMAN, MENDOZA, MORALES.

CRIADO. Los señores don Justo Mendoza y don Marcos Morales.

GUZM. [1] Caballeros...

MEND. ¿Cómo está usted, Guzman?

GUZM. Bien, gracias.

MEND. ¿Y la Condesa, está visible?

GUZM. Me ha encargado decir á ustedes que tengan la bondad de aguardarla un momento. Adios, señores. [2]

ESCENA V.

MENDOZA, MORALES.

MEND. ¿Has visto qué cara?

MOR. Bien la he visto, pero no me sorprende. Ni yo sé á qué vuelves tú aqui. Ya habias salido de estos enredos, ¿á qué volverse á meter? Tú has hecho lo que debias... Si Guzman se empeña en no ver la luz y en casarse con ella, déjalo en paz. ¿Qué te importa á tí?

MEND. Tienes razon; y ese era mi ánimo; pero las mujeres se extreman en todo. Magdalena acaba de hacerme una provocacion que no puedo ni debo dejar pasar.

1 Saludándolos.
2 Saluda y se va.

MOR. ¡Qué disparate! Es que tú no aguardabas mas que una ocasion para volver á su casa.

MEND. Puede ser; pero en tal caso, ¿debió ella proporcionármela?

MOR. ¿Y cuál es esa provocacion?

MEND. Una carta anónima que tu mujer ha escrito á la de Claromonte.

MOR. ¿Mi mujer?

MEND. Con la letra disfrazada; pero yo la he conocido... ¡motivos tengo!.. En esa carta que me ha enseñado el aya, porque ella no quiere verme, se le da una cita... En lo cual veo la mano de Magdalena... Pero cuenta conmigo, porque si sale lo que yo me temo, si trata de comprometer á esta digna señora, nos han de oir los sordos. He de desbaratar de modo su matrimonio que no lo pueda recomponer la misma Celestina.

MOR. ¡Si yo hubiera hecho prender á mi mujer!.. Porque ya no es á mí solo á quien perjudica, sino que va extendiendo su funesta industria á los demas.

MEND. Déjalo, déjalo; que yo lo desenredaré. Asi que supe esta nueva intriga, escribí á Magdalena, citándola para mi casa; pero ya se vé, no se ha atrevido á ir, y me contesta que me aguardaba en la suya. Déjame ahora echar la caña dónde yo quiera y no tardará el pez en tragar el anzuelo.

ESCENA VI.

DICHOS, *la* VIZCONDESA.

VIZC. ¿Dónde está la Condesa?

MEND. ¿Señora, llega usted como un huracan?

VIZC. Si; estoy furiosa.

MEND. Pues casi me alegro por variar. ¡La he visto á usted tantas veces alegre y divertida!

VIZC. ¿Cree usted que estoy para chanzas?

MEND. Pues entonces contesto categóricamente... La Condesa está con don César de Guzman, y nosotros la aguardamos aqui.

VIZC. [1] Perdone usted, caballero. [2] ¿Sabe usted que es de

1 A Morales.
2 A Mendoza, llevándolo aparte.

Cándida?

MEND. Sé que ha dicho francamente al señor de Guzman que no queria casarse con él.

VIZC. Cierto.

MEND. ¡Y si no le quiere!

VIZC. Buena razon en verdad; pero no para en eso. Cuando entré esta mañana en su cuarto, no habia nadie.

MEND. Pero habia una carta.

VIZC. Si, una carta diciéndome que habia encontrado medio de no serme gravosa, viviendo con decoro aunque pobremente...

MEND. Y que vuelve al colegio donde se educó.

VIZC. ¿Conque usted la ha visto?

MEND. Ahora vengo de verla.

VIZC. ¿En dónde?

MEND. En el colegio.

VIZC. ¿Y cómo ha sabido usted?..

MEND. Porque ella me ha escrito.

VIZC. ¿A usted?

MEND. A mí.

VIZC. ¿Y para qué?

MEND. Porque yo fuí quien le aconsejó lo mismo que ha hecho.

VIZC. ¿Y quién le mete á usted?.. ¿Es usted tambien el que le ha aconsejado que se vaya de Madrid?

MEND. Yo mismo: mañana se va. La directora le ha buscado una colocacion en Toledo.

VIZC. ¿Una colocacion?

MEND. Una familia muy decente: va de aya de la señorita á quien dará leccion de francés y de música. Dos mil reales al año, casa y mesa: no estará tan divertida, pero ella cree esto mas honroso que vivir en Madrid yendo al teatro de gorra, jugando al monte y recibiendo calabazas de los novios que usted la busca. Yo opino lo mismo que ella.

VIZC. ¡Muy bien dicho! ¡Se ha portado usted! Ahora mismo voy á escribirle que se mude el apellido: yo no quiero ver deshonrada mi familia... ¡La hija de mi hermano!.. ¡El linaje de los Egidos tener una maestra de niñas! ¿Por qué no la han puesto ustedes de cocinera?

MEND. ¡A eso llama usted deshonrar su familia! ¡Qué ideas tiene usted del honor y de la moral! Las que ha podi-

do enseñar á usted el señor de Garcés y otros como él.

VIZC. ¡Cómo casarla despues de semejante escándalo!

MEND. ¡Tal vez asi se case mejor que en casa de su tia!

VIZC. Si, buena traza lleva; en fin, yo he hecho por ella cuanto he podido. Al fin y al cabo no es mas que mi sobrina.

ESCENA VII.

DICHOS, MAGDALENA.

MAG. Felices dias, Vizcondesa.

VIZC. Adios, querida mia.

MEND. ¿Qué tiene usted?

VIZC. Ya hablaremos despues. Ahora traigo para devolver á usted lo que tuvo la bondad de prestarme.

MAG. No corria prisa.

VIZC. No, porque ya no lo necesito y... muchas gracias.

MAG. Señor de Mendoza, aprecio mucho que haya usted venido á visitarme con el señor de Morales.

MOR. Temia molestar, pero Mendoza...

MAG. Nada de eso, los amigos del señor de Mendoza son mis amigos.

MOR. Mil gracias, señora.

MAG. Conque usted tambien. [1]

MEND. Si por cierto, me ha escrito usted que venga...

MAG. Si, á fin de saber lo que usted tenia que decirme.

MEND. Mi carta lo dice.

MAG. ¿Que me ama usted?

MEND. Que la amo.

MAG. ¿Y para eso queria usted que fuera á su casa? Ir allá, avisando usted antes al señor de Guzman para que me viese entrar, es una guerra de niños con cañones de mentirijillas y bombas de miga de pan. ¿Y con eso queria usted desarmarme?

MEND. ¿Conque no me cree usted?

MAG. No.

MEND. Pues adios.

MAG. No: espere usted. Que tengo que enseñarle una cosa.

MEND. ¿Qué cosa?

1 A Mendoza.

MAG. No puedo decirlo. Ha de ser una sorpresa. [1] Mi querida Vizcondesa, usted debe conocer á la señora de Claromonte.

VIZC. La conocí; pero hace tiempo que no nos vemos.

MAG. Dicen que es muy virtuosa.

VIZC. Cierto.

MAG. Y muy escrupulosa para esceger las casas y familias con quienes se trata.

VIZC. Visita poco.

MAG. Pues aqui va á venir. Asi la conocerá usted, mi querido Guzman. Es una señora muy guapa.

MEND. Si... si viene...

MAG. Pues se entiende... Usted debe conocerla, mi querido Mendoza.

MEND. Por eso estoy seguro de que no vendrá; y que si viene, no entrará.

MAG. ¿Cuánto apuesta usted á que viene?

MEND. Lo que usted quiera... lo que puede apostar una señora decente. Una caja de dulces ó un ramillete de flores.

MAG. Apostado... me se figura que la gano. ¿Qué hay? [2]

CRIADO. Una señora que desea hablar á la señora Condesa.

MAG. ¿Su nombre?

CRIADO. No ha querido decirlo.

MAG. Pues responde que yo no recibo en mi casa á las personas que no dicen su nombre.

MEND. Guzman, en nombre de nuestra antigua amistad impida usted que esa señora entre aqui.

GUZM. ¿Y por qué?

MEND. Porque podria resultar una desgracia.

GUZM. ¿Para quién?

MEND. Para mas de una persona.

GUZM. Yo no puedo mandar en casa de esta señora... Ella recibe á quien le parece.

MEND. Bien.

CRIADO. La señora de Claromonte pregunta si la señora Condesa puede recibirla.

MAG. Que pase adelante.

MEND. ¡Desgraciada! [3]

1 Guzman ha salido, y habla con la Vizcondesa.
2 Al Criado.
3 Se va precipitadamente.

MOR. Dios quiera, señora, que no le pese á usted nunca lo que acaba de hacer.

MAG. Nunca me ha pesado de nada en mi vida. [1] Espere usted. El señor de Mendoza ha ido sin duda á dar el brazo á la señora de Claromonte. Ha perdido su apuesta y sábe hacer las cosas en regla. [2]

ESCENA IX.

DICHOS, MENDOZA.

GUZM. ¿De dónde viene usted, caballero?

MEND. De decir á la señora de Claromonte que no queria que entrase aqui.

GUZM. ¿Y con qué derecho?

MEND. Con el que tiene todo hombre de honor para impedir que una mujer honrada se pierda.

MAG. Y con mayor razon cuando esta mujer honrada es la querida del hombre de honor.

MEND. Miente usted, señora.

GUZM. Caballero, ¿usted insulta á una mujer?

MEND. Hace ocho dias, caballero, que busca usted lo ocasion de reñir conmigo, y yo solo he venido aqui para proporcionar á usted esta ocasion. Cree usted que una cuchillada podrá cortar el lazo en que le han cogido... pues á la cuchillada. Estoy á las órdenes de usted.

GUZM. Dentro de una hora irán dos amigos á casa de usted.

MEND. Bien: alli los aguardo.

GUZM. Acordarán las condiciones del combate, pero el motivo he de quedar secreto.

MAG. ¡Guzman!

GUZM. Aguárdeme usted, Magdalena... pronto vuelvo.

ESCENA X.

LOS MISMOS *menos* GUZMAN.

MEND. Ha puesto usted en guerra á dos hombres que la quie-

1 A Guzman, que iba á marcharse.
2 Al irse Guzman, se abre la puerta y sale Mendoza.

ren y ya ve usted el resultado. Dios sabe aun el que habrá mas adelante, Magdalena. [1] Vámonos. [2]

ESCENA XI.

MAGDALENA, *la* VIZCONDESA.

VIZC. ¡Una provocacion en casa de usted, querida Condesa, entre dos hombres tan amigos hace poco!... ¿Cómo es esto?

MAG. No lo sé, Vizcondesa.

VIZC. ¿Pero usted impedirá que el duelo?...

MAG. Preciso es; y otras cosas mas difíciles he conseguido.

VIZC. ¿Cree usted que la puedo yo servir de algo?

MAG. No, Vizcondesa, gracias.

VIZC. Pues entonces la dejo á usted... Cuidado, que tiene usted poco tiempo para obrar. Ya me avisará usted lo que ocurra.

MAG. Si: vuelva usted ó yo iré allá.

VIZC. Hasta luego. [3] ¡Cosa como ella!

ESCENA XII.

MAGDALENA *sola*.

Está visto. Mendoza es mas valiente de lo que yo creia. ¡Qué admirable, qué interesante es un hombre honrado y de valor!... Y eso que no ama á la de Claromonte. ¡Qué seria si la amase!

CRIADO. Una carta.

MAG. Venga: [4] del Duque. [5] «Me ha engañado usted: ha »vuelto á ver al señor de Guzman é insiste usted en el »matrimonio imposible, no obstante la prohibicion »mia. Doy á usted solo una hora para deshacerlo, y si »no todo lo diré al señor de Guzman.» ¡La vida pasada me ha de atormentar siempre! ¿No podré borrarla nun-

1 A Morales.
2 Saluda y se va.
3 Yéndose.
4 La abre.
5 Lee.

ca? ¿Lo confesaré todo?... No... lucharé hasta el fin...[1] ganar tiempo es lo primero. [2] Vas á ir á casa del Duque á entregarle esta carta en propia mano. Cierra esa puerta. [3]

ESCENA XIII.

SOFIA, *criada*, MAGDALENA, GUZMAN.

SOFIA. [4] Señora, que está ahí el señor de Guzman. [5]

MAG. Bien, pues luego harás ese recado. [6] ¿Qué tenemos, amigo mio?

GUZM. Vengo de buscar á dos compañeros para lo del desafio... no estaban... les he dejado carta.

MAG. Venga usted acá, Guzman. Ese duelo no puede verificarse.

GUZM. Está usted loca, Magdalena. Yo puedo arreglar los lances de los señores Garcés y Urdaneta; ¡pero los mios!.. Luego, Mendoza tiene razon... le aborrezco.

MAG. Renuncie usted á mi amor, Guzman, yo no he proporcionado á usted mas que sinsabores.

GUZM. Será usted mi esposa... lo he jurado á usted y á mí mismo... y será. Pero puede suceder que yo muera... en el campo ya, tanto vale un hombre como otro... Mendoza es valiente y se defenderá bien, y... no quisiera morir sin haber cumplido mi palabla... Voy á escribir al notario, y cuando salga al campo iré ya casado. [7]

MAG. [8] ¿Qué va usted á hacer?

GUZM. Escribir al oficial de la vicaria que venga. Usted me hará el favor de enviar la carta.

MAG. No hay para qué.

GUZM. ¿Cómo que no hay para qué? ¿Pues no es esto lo convenido?

MAG. Si, pero tiempo habrá.

1 Toca la campanilla.
2 Entra Sofia. Escribiendo.
3 Se va la criada.
4 Escuchando.
5 Entra este.
6 A Guzman.
7 Se sienta á la mesa y va á abrir el pupitre.
8 Por un movimiento involuntario.

GUZM. Precisamente eso es lo que mas me falta.
MAG. Pues bien, voy á dar á usted recado de escribir.
GUZM. Si aqui le hay.
MAG. No tal.
GUZM. ¿Cómo no? Si estaba usted escribiendo cuando yo entré.
MAG. Guzman, no quiero que abra usted ese pupitre.
GUZM. Bien, no le abriré, supuesto que usted escribe cosas que yo no puedo ver.
MAG. ¿Otra sospecha?
GUZM. No, mi querida, no: respeto los secretos de usted.
MAG. No: abra usted y lea.
GUZM. Pues que usted me lo permite...
MAG. [1] ¡Será usted desconfiado!
GUZM. Esto no es desconfianza, es curiosidad. Me da usted licencia para mirar y miro.
MAG. ¿Me da usted palabra de no burlarse de mí?
GUZM. Palabra de honor.
MAG. ¡Si supiese usted lo que se encierra ahi!
GUZM. Ahora voy á saberlo.
MAG. Pues adelantará usted mucho con saber lo que yo encargo para el viaje...
GUZM. ¿Qué?
MAG. Trapos, Dios mio... chaquetas bordadas, faldas de seda con volantes atravesados... pormenores todos muy interesantes para un hombre.
GUZM. ¿Y ese es todo el secreto?
MAG. Ese.
GUZM. ¿De modo que la carta es para la modista?
MAG. Nada mas.
GUZM. Es decir que mientras yo voy á preparar mi duelo usted encarga vestidos. ¿Y quiere usted que yo sea tan tonto que lo crea?
MAG. ¡Guzman!
GUZM. Yo quiero saber á quién escribia usted.
MAG. ¿Lo toma usted por ese tono? Pues no lo sabrá usted. [2]
GUZM. ¡Cuidado conmigo!
MAG. ¿Amenazas á mí? ¿y con qué derecho? A Dios gracias, soy libre todavia y estoy en mi casa, señora de mis acciones, como yo le dejo á usted dueño y señor de

1 Yendo á él y deteniéndole.
2 Abre y saca la carta.

las suyas. Hago yo á usted preguntas inquisitoriales? ¿Me meto á registrar sus papeles?

GUZM. La carta.

MAG. Le digo á usted que no se la doy. En mi vida he cedido á la violencia. He dicho la verdad, pero usted es libre de creerla ó no.

GUZM. Yo supongo que usted me engaña.

MAG. Supóngalo usted.

GUZM. ¡Magdalena!

MAG. Basta, caballero. Vuelvo á usted su palabra, y recobro la mia. Nada hay ya entre nosotros.

GUZM. Ese recurso le ha empleado usted otra vez, y ya no hace efecto.

MAG. ¿Qué clase de hombre es usted?

GUZM. El hombre que solo ha pedido á usted en cambio del nombre suyo sin mancha, la sinceridad de un momento, á quien usted ha jurado que no tenia nada de que arrepentirse; que mañana va á batirse con otro hombre, de cuyo honor no duda por defender el de usted, del cual duda; que de quince dias á esta parte se vè enredado en mentiras y en dobleces, sin apelar á mas medios que los de la lealtad, la franqueza y la confianza; y que está ya resuelto á averiguar la verdad, por cualquier medio. Si esa carta no la contiene toda entera, algo de ella encierra, á juzgar por la turbacion de usted. Quiero pues esa carta; ó me la entrega usted, ó me la tomo yo.

MAG. Pues no se la doy á usted.

GUZM. ¡Esa carta!

MAG. ¿Será usted capaz de poner la mano en una mujer?

GUZM. ¡La carta!

MAG. Pues bien, declaro que no le amo á usted, que no le he amado á usted nunca, que le engañaba... Déjeme usted pues.

GUZM. ¡La carta! [1]

MAG. Guzman, lo diré todo... me haces daño... no soy culpable... por el nombre de tu madre... [2] ¡Miserable!... [3] Bien, lea usted, pero yo me vengaré, lo juro.

1 La coge el brazo.
2 Le arranca la carta.
3 Cae rendida en una silla.

GUZM. [1] «Ruego á usted que no me pierda; yo le veré á usted y se lo explicaré todo. Haré todo lo que usted disponga. No es culpa mia si el señor de Guzman me ama y yo le amo á él... esta es mi disculpa... Dependo enteramente de usted, pero sea usted generoso y perdóneme... si él llegase á saber la verdad, me moriria de vergüenza. Prometo no ser su mujer, pero que no sepa nada. Asi que pueda iré...» [2] ¡Y yo dudaba! [3] ¿Qué hice yo á usted, Magdalena? ¿por qué engañarme asi? Tome usted su carta... Adios. [4]

MAG. ¡Guzman!

GUZM. Si... lloro... no he llorado desde la muerte de mi buena madre, pero siento que el llanto alivia.

MAG. A mí me ha destrozado usted los brazos y las manos.

GUZM. Hice mal, perdódeme usted... la violencia del amor me cegó.

MAG. Yo tambien amaba á usted.

GUZM. Quien ama no miente, no engaña al objeto de su cariño.

MAG. No hay una sola mujer enamorada en mi caso, que hubiera hecho la confesion que usted exigia de mí... ¿Qué mujer quiere envilecerse á los ojos del que ama? Amante y amada, ambicionaba yo todavia el respeto de todos y de usted para hacerme digna de su amor... contaré toda mi vida... pero hay una cosa en ella que debia ocultar á usted, una sola... Quizá no soy tan culpable como parezco... sin consejos, sin apoyo de nadie... ¡ah! debí decirlo á usted todo, y esa es mi falta... Usted, que es generoso, me hubiera perdonado... Pero ya no me cree usted... Si no soy la mujer pura que pudiera aspirar á ser esposa de usted, al menos tengo tanto amor, que bien merezco ser correspondida. Ahora no tengo ya interés en decirlo, y por eso lo digo en alta voz; Guzman, créeme, te amo con todo mi corazon.

GUZM. ¿Y á quién escribia usted esa carta?

MAG. ¿Para qué? ¿Para buscar otro desafio?

1 Lee trémulo.
2 Hablando.
3 Se cubre la cara con las manos.
4 A la mitad del camino, se sienta desfallecido, y no puede contene las lágrimas.

GUZM. No, aseguro que no; pero dígame usted su nombre.

MAG. Ese hombre no es nada para mi amor, pues en esa misma carta le digo que amo á usted.

GUZM. ¿Pues con qué derecho le prohibe á usted ser mi mujer?

MAG. Ya lo contaré todo... pero cuando esté usted mas tranquilo.

GUZM. Adios.

MAG. No; lo diré todo ahora mismo.

GUZM. Ya escucho.

MAG. Escribia yo esa carta á...

GUZM. ¿A Mendoza?

MAG. No, lo juro; pero ofrézcame usted no provocarle tambien.

GUZM. Lo prometo.

MAG. Escribia... al Duque de Cumbres Mayores. [1] Póngase usted, Guzman, en el lugar de una pobre mujer abandonada de todo el mundo... El Duque tiene derecho á oponerse á mi casamiento... porque... á él lo debo todo.

GUZM. Pues entonces, el estado de viuda...

MAG. Es falso.

GUZM. ¿Y los documentos que yo ví?

MAG. Son de una jóven que murió en América, sin parientes ni amigos.

GUZM. ¿Y los bienes de usted?

MAG. Los debo todos al Duque.

GUZM. ¡Y me preparaba usted esa afrenta en pago de mi confianza y de mi amor! ¡En lugar de confesármelo todo noble y dignamente, me traia usted al matrimonio un nombre robado y una fortuna adquirida á costa de su honor! ¿Pues no conocia usted que una vez casado, cuando yo llegase á saber el mercado infame de que me habia usted hecho cómplice, no me quedaba mas recurso que matar á usted y matarme yo? No solo no me ha amado usted, Magdalena, sino que tampoco ha estimado mi persona.

MAG. Si; soy una miserable mujer, que no merece el amor ni la memoria de usted... Váyase usted, Guzman, y olvídeme para siempre.

1 Guzman hace un movimiento de sorpresa.

GUZM. Pero aun hay mas: apuremos las heces. ¿Qué mas tiene usted que confesarme?

MAG. Nada mas.

GUZM. ¿Y fué la pobreza la que inclinó á usted hácia Mendoza, ó fué el amor? Conozco que nunca perdonaré á usted haber pertenecido á ese hombre.

MAG. Mendoza no ha sido nada para mí; él mismo lo ha confesado, y usted lo sabe.

GUZM. ¿Me lo jura usted?

MAG. Lo juro.

GUZM. ¿Y á mí?

MAG. ¿Pues si yo no amase á usted hubiera confesado?...

GUZM. Pues bien, quiero una prueba de ese amor. Devuelva usted al Duque cuanto le ha dado á usted.

MAG. Ahora mismo. [1] Al momento estos papeles al señor Duque; no hay que aguardar respuesta.

CRIADO. El señor Duque sube ahora la escalera.

MAG. ¿El Duque?

GUZM. Que se sirva esperar un momento. [2] Vengan esos papeles; yo se los daré.

MAG. Me hace usted estremecer.

GUZM. No tenga usted cuidado. Todavia es tiempo, Magdalena, escoja usted; ó conservar esos papeles, ó renovar el juramento que me acaba usted de hacer... si sobrevivo al desafio, no pido á usted cuenta de lo pasado, sino solo desde ahora en adelante... y marcharemos al punto de Madrid.

MAG. He dicho la verdad.

GUZM. ¡Ay Magdalena, que yo mismo no sabia lo que amaba á usted! [3]

ESCENA XIV.

MAGDALENA *sola.*

Acabo de jugar mi vida pasada y mi porvenir... Solo

1 Cierra y sella u nos papeles, y dice al Criado que entre.
2 Al Criado.
3 Se va.

Mendoza puede salvarme ó perderme... ¡si me amase como dice!... muy difícil es. [1] Allá veremos.

1 Poniéndose la mantilla.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

En casa de Mendoza.

ESCENA PRIMERA.

MENDOZA, [1] MORALES. [2]

MOR. Ya estoy aqui.

MEND. Bueno. [3]

MOR. Ya está hecho.

MEND. ¿Has visto á la señora de Claromonte?

MOR. Si, por medio del aya: ella no puede salir de casa; yo he dicho que el duelo no se realizará.

MEND. Y que en último caso, nunca sonará su nombre. Este seria su mayor empeño...

MOR. Algo... Pero su cuidado principal es por tu vida. Sobre esto las he tranquilizado fácilmente, porque yo tambien estaba tranquilo.

MEND. ¿Pues cómo?

MOR. Como que yo creo que no se realiza el desafio.

MEND. ¿Por qué?

MOR. Porque he visto al Duque y ha habido nuevas ocurrencias.

1 Escribiendo.
2 Le toca por detrás.
3 Cerrando y sellando una carta.

MEND. No puede haber ocurrencias que impidan el combate, al punto que han llegado las cosas... A no ser que Guzman se excusase, lo cual no creo.

MOR. En tí consiste.

MEND. Explícate, hombre.

MOR. El Duque...

MEND. Se niega á asistirme en el lance.

MOR. Si, se niega.

MEND. Ya me lo sospechaba yo. Otro mas de los que no quieren comprometerse,

MOR. Y tiene razon: ni su edad ni su posicion le permiten tomar parte en esto... luego por su hija tampoco debe sonar su nombre. Pero ha visto á Guzman, que lo sabe todo.

MEND. ¿Todo?

MOR. Lo relativo al Duque... Ha interceptado una carta que Magdalena le escribia... y ha habido una escena violenta entre ella y Guzman... Ella ha confesado sus antiguas relaciones con el Duque, y Guzman la ha perdonado, con tal que devuelva cuanto ha recibido de él.

MEND. ¿Y ella lo ha restituido?..

MOR. Parece que si.

MEND. Mucho me extraña... ¿Pero eso qué tiene que ver con nuestro lance?

MOR. Aguarda. La restitucion fué á hacerla el mismo Guzman en persona; el Duque, sabedor de la provocacion, aprovechó la coyuntura para decirle que tanto el matrimonio como el duelo no eran cosas posibles, atendiendo á que Magdalena era una mujer indigna de él, y á que tu conducta habia sido la de un hombre delicado y un amigo leal. Pero Guzman, como todo hombre que se encuentra en una posicion falsa respecto de la mujer á quien quiére, cuanto mas le dicen contra ella, tanto mas se cree obligado á defenderla; y contestó con aire altivo: «desde el instante en que esta señora devuelve á usted todo cuanto ha debido á su generosidad, me permitirá usted, señor Duque, que yo olvide en su vida todo lo que ha tenido relacion con usted. Y en cuanto al señor de Mendoza, que me dijo primero que no era mas que su amigo y despues me ha dado á entender otra cosa, que se llama amigo mio, y tan pronto niega como afirma lo que mas puede interesar á mi honor,

no le queda mas recurso que decirme: esa mujer ha sido mi querida y afirmarlo bajo su palabra, si es que realmente me estima; y entonces yo por mi parte le ofrezco pedirle que disimule mi provocacion, alargarle mi mano como antes, y no volver á ver á la señora en cuestion.» Ya ves que el duelo está deshecho.

MEND. ¿Has acabado?

MOR. Si.

MEND. Pues yo agradezco, querido amigo, tu buen deseo, y siento que hayamos perdido el tiempo inútilmente.

MOR. ¿Pero por qué?

MEND. Porque Magdalena está ya fuera de la cuestion que nos ocupa; y yo no tengo ni debo tener presente mas que he sido provocado por Guzman; porque evitar un lance con este, dirigiendo una acusacion contra una mujer, aunque sea cierta, es cosa indigna de un hombre de valor. Luego Guzman es militar y yo soy lo que se llama un paisano; ¿qué se diria si esto terminase como tú dices? Nada, dejemos que siga este negocio su curso natural... Mas digno de compasion es Guzman que yo: y sin embargo, yo comprendo su conducta... Deseo en mi corzon darle la mano y voy quizá á matarlo. Tal es la mala lógica de las costumbres sociales; pero yo no las he formado y tengo que seguir su bárbaro imperio. Desde el momento en que se pueda creer (y se creeria) que yo estimo mas la vida que el honor, cierro los ojos á la razon y prefiero morir ó matar.

MOR. Es verdad, pero tambien es cosa triste matar á un hombre por una mala mujer... Cuando yo veo á la mia y recuerdo que maté á mi adversario por ella!.. En fin, ya sabes tú lo que esa mujer ha hecho y lo que acaba de hacer ahora?

MEND. No.

MOR. Me han contado al venir aqui que se ha ido con aquel Garcés de marras, el cual deja en la Bolsa un descubierto de quinientos mil reales. No podia acabar de otra manera... Es de esas mujeres á quienes nada detiene en el camino de la depravacion; y cuenta que no tiene la disculpa de tantas infelices: la pobreza y la falta de educacion.

MEND. ¿Dime, ya serán las dos y media?

MOR. Si son, perdona: voy al caso. Habiéndose negado el

Duque, ví á Urdaneta, y fuimos á hablar á los padrinos de Guzman y se convino en la hora de las tres... Todavia tenemos tres cuartos de hora.

MEND. ¿Y en dónde ha de ser?

MOR. En los derribos que hay detras de esta casa... Hay sitio sobrado y adentro nadie nos ve... En caso de una desgracia tenemos cerca esta casa para conducir al herido.

MEND. ¿Y las armas?

MOR. Los contrarios tuvieron la generosidad de dejarnos escoger.

MEND. ¿Pero vosotros rehusariais?

MOR. Si, porque tú me habias prevenido que no aceptase ventaja ninguna, por lo mismo que somos paisanos y ellos militares. Entonces decidió la suerte y nos tocó escoger.

MEND. ¿Y cual escogiste?

MOR. La espada, porque igualándose la pericia de entrambos, es arma conque se defiende mejor la vida. Si uno de los dos hubiese sido imperito en el manejo de las armas, hubieramos escogido la pistola, con la cual basta tener corazon. ¿Qué quieres que haga ahora?

MEND. Mira... Si soy desgraciado en el combate, en ese cajon encontrarás una carta para Cándida... que enviarás con urgencia, porque debe marchar esta noche, y esa carta la hará quedarse.

MOR. ¿No hay mas?

MEND. Si.

MOR. ¿Nada para Magdalena?

MEND. No, porque no es menester. Ella vendrá aqui.

MOR. ¿Te lo ha mandado á decir?

MOR. No, pero yo la conozco: su orgullo no es mas que en la victoria... Y como ahora sabe que una palabra de mi boca puede destruir su casamiento, vendrá aqui para que yo no la diga.

MOR. ¿Quieres que te diga lo que pienso?

MEND. ¿Por qué no?

MOR. Que tú has estado y estás mas enamorado de Magdalena de lo que dices y crees.

MEND. ¡Quién sabe! ¡El corazon del hombre es tan singular!..

CRIADO. Abajo hay una señora en coche que quiere ver á usted.

MEND. ¿Cómo se llama?

CRIADO. Aqui ha escrito su nombre.

MEND. ¡Cándida!.. Que suba al instante. [1] Entra en ese cuarto, que no querrá que la vean... Cnando sea tiempo, llama á la puerta y al instante seré contigo.

MOR. Mira que no tienes mas que un cuarto de hora.

MEND. No temas: no faltaremos. [2] ¡Oh, Cándida, qué imprudencia!

ESCENA II.

MENDOZA, CÁNDIDA.

CAND. Nadie me ha visto entrar... ¿Y luego qué me importa ya lo que digan? Esta noche marcho... Quizá para nunca volver... no hubiera tenido corazon para hacerlo sin ver á usted.

MEND. Yo hubiera ido á ver á usted antes de marcharse.

CAND. Tal vez no habria usted podido... ó no se hubiera acordado.

MEND. ¿Es queja?

CAND. Quejas yo, ¿y con qué derecho? ¿Qué soy yo en el mundo para usted? Harto le agradezco sus consejos... ¿Pero merezco acaso su confianza?.. Si fuese usted á correr un riesgo, pensaria usted siquiera en despedirse de mí antes de exponerse á la muerte? Siempre he sido desgraciada.

MEND. ¿Qué tiene usted, Cándida? Está usted conmovida.

CAND. ¿Conque va usted á batirse, á morir acaso, y querrá usted que esté tranquila? ¿Que no sienta?

MEND. ¿Pues quién le ha dicho á usted?

CAND. Mi tia, que lo supo en casa de la Condesa, y me dijo tambien que era por una mujer... Y el nombre de esa mujer, la de Claromonte.

MEND. Pues se ha equivocado.

CAND. No se ha equivocado, no... Y en caso de una desgracia yo hubiera sabido por los demas como otra cualquiera que habia usted dejado de existir. Ni un recuerdo para la pobre huérfana... ¡Qué ingratitud! ¿A quién hubiera yo llamado sino á usted en mis tribulaciones? Lo

1 A Morales.
2 Se esconde Morales, se acerca Mendoza á la puerta y entra Cándida.

mismo debia usted haber hecho conmigo... Pero ahora que lo sé, yo haré que esto no se realice...

MEND. ¿Y cómo lo impedirá usted?

CAND. Avisaré á la autoridad... Pues qué, ¿asi se han de matar los hombres de bien?

MEND. ¿Y usted, con qué derecho?

CAND. Fuerza es decirlo... Con el del amor. Con el derecho que tiene toda mujer para salvar á riesgo de su vida al hombre á quien ama.

MEND. ¿Me ama usted, Cándida?

CAND. Bien lo sabe usted.

MEND. ¡Cándida!

CAND. ¿Quién ha tenido el poder de trasformar mi vida con una palabra de su boca? ¿Quién me ha apartado con su consejo del mundo brillante en que vivia? ¿Quién me hace aceptar con gusto la vida oscura de un pueblo, el trabajo y la dependencia doméstica de un extraño? ¿Por quién me arranco yo de todos mis hábitos y afecciones, sino por el hombre á quien amo y de quien quiero ser estimada?.. Confesaré mi flaqueza: allá en en el fondo del corazon me consalaba una esperanza secreta. «¿Quién sabe? me decia yo, esta prueba le hará ver que soy digna de su estimacion y me amará... Quizá llegue á saber que aprecio mas su amor que todo este brillo y el del universo entero... Conocerá que soy honrada, y entonces...» Pero todo lo ha destruido esta fatal noticia... ¡Morirá usted tal vez, y por otra mujer!.. No, no morirá usted: yo lo impediré de cualquiera manera... Ella, la mujer amada, podrá consentirlo; pero yo, la mujer amante no lo consentiré nunca.

MEND. No, Cándida. Yo aseguro que si usted intentase algo para impedirlo... que si usted lo impidiese, creerian todos que me habia valido de una mujer para excusar el riesgo, quedaria deshonrado y no podria sobrevivir á este deshonor.

CAND. ¡Oh Dios mio, nada diré á nadie... Me hincaré de rodillas y rogaré hasta que Dios me oiga!

MEND. Ahora, Cándida mia, es necesario que vuelva usted á su casa: pronto nos veremos.

CAND. Usted me despide porque va á ser hoy mismo..,

MEND. No, ni acaso mañana: ahora que ya sé que usted me ama, quiero vivir, y hay un medio de arreglarlo todo.

CAND. ¿Me promete usted que no se batirá hoy?

MEND. Lo prometo. [1] Voy allá.

CÁND. ¿Qué es eso?

MEND. Un amigo que me llama.

CÁND. ¡Los padrinos que vienen por usted! Ah, yo no me separo de aqui.

MEND. Es cierto: estan ahi dentro, y me llaman para arreglar una de las circunstancias.

CAND. ¡Ay qué miedo tengo!

MEND. Escuche usted, Cándida. El ensueño de usted tambien le formaba yo, y me creia feliz por salvar á usted de los riesgos que la rodeaban y desarrollar en su corazon las semillas de la virtud que en él descubria. El instinto misterioso de mi felicidad me inclinaba hácia usted. No explicaba por qué, pero queria hacerla á usted respetable, y este deseo era una necesidad constante de mi corazon. No puedo decir ahora mas, Cándida mia, porque al hombre que va á jugar su vida, no le es lícito hablar de esperanzas ni de porvenir.

CAND. ¡Mendoza!

MEND. Dentro de una hora, todo estará arreglado... Entonces yo diré á usted lo que siento... Pero hasta entonces es menester que no la vean á usted en mi casa... Vuélvase usted con su tia y aguárdeme alli. Dentro de una hora nos veremos, yo lo prometo. No saldré de aqui sino para ir á ver á usted... ¡Valor! [2]

ESCENA III.

CÁNDIDA *sola.*

CAND. ¡Dios mio, amparadme! [3]

MAG. ¡Cándida!

CAND. ¿Usted aqui, señora?

MAG. ¿Y usted cómo ha venido?

CAND. Supe el desafio y me apresuré...

MAG. ¿Y ha visto usted á Mendoza?

CAND. Si, le he visto.

1 Tocan á la puerta.
2 Se va.
3 Sale Magdalena.

MAG. ¿Y cuándo es el duelo?
CAND. Creo que no llegará á verificarse.
MAG. ¿Pues cómo?
CAND. Hay un medio de evitarlo.
MAG. ¿Y cuál es ese medio?
CAND. No lo sé; pero Mendoza me ha dicho que lo empleará.
MAG. Ese medio seria una infamia.
CAND. ¿Usted sabe cuál es?
MAG. Si: para impedir el desafio no perderia Mendoza á una mujer, fuese la que fuese. La ha engañado á usted. Respóndame usted á lo que voy á preguntarla. ¿Qué le ha dicho usted al llegar?
CAND. Que no queria que riñese.
MAG. ¿Y que usted le amaba?..
CAND. Si.
MAG. ¿Y que si no desistia, usted no se separaria de él?..
CAND. ¿Quién se lo ha dicho á usted?
MAG. Nadie: yo sé lo que dice en ese caso la mujer que ama. Entonces prometió arreglar el negocio amistosamente.
CAND. Si.
MAG. ¿Y él acaso dijo á usted que la amaba?
CAND. Si; yo lo he conocido.
MAG. La engañó á usted para ganar tiempo, y ha ido á batirse.
CAND. No, porque está ahi. [1]
MAG. ¿Está usted segura?
CAND. Como que no tengo mas que llamarlo y vendrá.
MAG. Llámele usted.
CAND. Mendoza, Justo.
MAG. [2] Nadie... ¿Lo ve usted?
CAND. ¡Oh, no puede ser!
MAG. [3] ¿Duda usted todavia? ¿Ha [4] salido su amo de usted?
CRIADO. Si señora.
MAG. ¿Solo?
CRIADO. No señora, con los señores Urdaneta y Morales, que vinieron á buscarlo.
MAG. ¿Y no dejó dicho nada ni para esta señora ni para mí?

1 Señalando.
2 Abriendo al fondo.
3 Toca la campanilla.
4 Al criado.

CRIADO. Nada.

MAG. Bien está. [1] ¿A dónde va usted?

CAND. A buscarlo, á salvarlo.

MAG. ¿Y á dónde? ¿Sabe usted dónde está? No nos queda mas recurso que aguardar... Mendoza y Guzman se baten en este momento, no hay duda ya... Los dos son valientes... Se aborrecen... Uno de los dos morirá.

CAND. ¡Dios de bondad!

MAG. Ahora escuche usted bien lo que la digo. Mendoza la ha engañado á usted ó á mí... Porque á mí tambien me ha dicho que me ama.

CAND. ¿A usted? ¿Cuándo?

MAG. No hace dos horas... Antes de cinco minutos puedo perder amor, fortuna y porvenir... Si Guzman sobrevive me he salvado; pero si muere, el amor de Mendoza es mi único recurso... Es menester que me ame ó caigo en el ridículo y en la infamia. Usted está tambien interesada en saber la verdad. El mismo hombre nos ha dicho á las dos que nos quiere, las dos tenemos el mismo interés en averiguar lo cierto. Si es él el que vuelve, es necesario que no encuentre aqui mas que á una de las dos, ¿no lo entiende usted?—Porque delante de las dos no se explicaria claramente: la otra se esconde detrás de esa puerta para oirlo todo; y está seré yo, si usted quiere. Si repite á usted su amor, yo me sacrifico y me marcho sin hablar una palabra, ¿qué responde usted?

CAND. Yo no la entiendo á usted, señora. ¿Cómo puede usted tener esa sangre fria, esa calma horrible en estos momentos?

MAG. ¿No oye usted? [2]

CAND. ¿Qué?

MAG. Un coche.

CAND. ¡Ya está ahi!

MAG. Viene uno solo: el otro ha sucumbido. Entre usted ahi.

CAND. Quiero verle.

MAG. Entre usted... digo. Él es; Mendoza.

CAND. ¡Se ha salvado! ¡Vive! Ahora, Dios mio, venga sobre mí lo que quieras.

1 A Cándida.
2 Escuchando.

MAG. [1] Acabe usted de entrar.

ESCENA IV.

DICHOS, MENDOZA.

MEND. ¿Usted aqui, Magdalena?
MAG. ¿No esperaba usted verme?
MEND. No en verdad.
MAG. ¿Está usted herido?
MEND. No es nada, una friolera.
MAG. ¿Y Guzman?
MEND. [2] ¿Pero Magdalena, no estaba yo en mi derecho? ¿Habia yo mentido á ese hombre?
MAG. No.
MEND. ¿No hice yo lo que cumplia á un hombre honrado?
MAG. Si.
MEND. Los dos con la espada en la mano, ¿á quién daria usted la razon?
MAG. A usted.
MEND. Luego su muerte será una desgracia, pero no un crimen.
MAG. ¡Su muerte!
MEND. Si; Magdalena, óigame usted. Desde el dia aquel en que vino usted á decirme que no me amaba, los celos se apoderaron de mi corazon... Quise hacerme el valiente, sonreia... Pero la amaba á usted con ese amor frenético que inspira usted á todos: al Duque, á ese anciano, que olvidó un momento hasta su hija por usted; á Guzman, que nadie ha podido convencer, que á nadie creia mas que á usted, que no queria saber la verdad, y que queria mejor matar á un hombre que ser convencido... Y que si me hubiera muerto, cerrando la única boca que hubiera podido ilustrarlo, se habria casado con usted. Ahora bien: si yo he tratado de estorbar la boda de usted, si dije á Guzman lo que dije... Y por último, si en el campo he olvidado que era un amigo... y he matado al hombre cuya mano estrechaba no hace ocho dias, no ha sido por la ofensa que me hizo,

1 Empujándola al cuarto de la izquierda.
2 Pausa.

sino porque usted no fuera suya; porque la amaba á usted, porque la amo. En un momento han muerto las esperanzas de usted; y usted, no puede ser mas que mia, ni yo puedo ser mas que de usted. No me abandone usted, y marchemos.

MAG. Marchemos.

MEND. [1] Al fin... [2] ¡Cáspita, y qué trabajo me ha costado!

MAG. ¿Qué dice usted?

MEND. Que ha perdido usted, amiga mia, y que me debe usted una apuesta. Repare usted...

MAG. [3] ¡Guzman!

CAND. [4] ¡Ah!

MEND. [5] Perdona, esposa mia, pero era menester salvar á un amigo.

GUZM. [6] Gracias, Mendoza: en verdad que yo habia perdido el juicio, pero usted se encargó de mi honor y nada le arredró para salvarlo: ni mi ceguedad, ni mi injusto aborrecimiento, ni esa herida, que por fortuna es leve. Todo concluyó entre esta mujer y yo... Queda una cuestion de intereses que ruego á usted arregle [7] con ella, para que no tenga yo el disgusto de volverle á dirigir la palabra. [8]

MAG. Es usted un infame.

MEND. Dejémonos de palabrotas. Cuando una mujer pone al juego el honor de dos hombres, debe perder la apuesta con serenidad. Yo me he dejado dar una estocada por adquirir el derecho de probar la verdad. No soy yo, no, quien deshace el casamiento de usted, sino la razon, la justicia y las buenas costumbres sociales, que quieren que un hombre honrado no se case mas que con una mujer honesta. Usted ha perdido el juego, pero ha salvado su puesta.

MAG. ¿Cómo?

1 Cogiéndola del brazo.
2 Soltando una carcajada.
3 Viendo á Guzman y á Morales.
4 Echándose en brazos de Mendoza.
5 A Cándida.
6 A Mendoza.
7 Dándole papeles.
8 Cándida se acerca á Guzman, que le estrecha amistosamente la mano. Mendoza se acerca á Magdalena.

MEND. En virtud de este documento, Guzman da á usted los fondos que le hizo devolver al Duque.

MAG. Venga. [1] Yo queria su nombre, no su dinero. Antes de una hora saldré de Madrid, y en dos dias estaré en Francia.

MEND. ¿Pues cómo, si devolvió usted toda la fortuna al Duque?

MAG. No sé como al entregar los títulos á Guzman, era tal mi turbacion, que dejé alli la mitad. Adios, Mendoza.

MEND. Si esta mujer hubiera empleado su talento para el bien como lo ha empleado para el mal, ¿quién la hubiera igualado?

GUZM. Cuán feliz va usted á ser, señora, [2] pues se casa usted con el hombre mas honrado que conozco.

1 Le rompe.
2 A Cándida.

FIN DE LA COMEDIA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu víctima.
Amor de antesala.
A publico agravio pública venganza.
Antes que te cases...
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Bodas de un criminal.
Batalla de reinas.
Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Calamidades.
Contrastes.
Castor y Polux.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Delirium tremens.
Disfraces, sustos y enredos.
Dimas el titiritero.
Dos artistas.
El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas. ó Don Hermógenes.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.
El querer y el rascar....
El dstino.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El jitano.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
El hombre negro.
El fin de la novela.
En Aranjuez y en Madrid.
El conde de Selmar.
El filántropo.
El collar de perlas.
El ángel de la casa.
El que las da las toma.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El árbol torcido.
El camino de presidio.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.
Fea y pobre.
Gato por liebre.
Grazalema.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Honra por honra.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.
Juicios de Dios.
La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.

3 0112 117462926

La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madid.
La Pasion de Jesus.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La flor del valle.
La choza del almadreño.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La conquista de Toledo.
La Hiel en copa de oro.
La libertad de Florencia.
La Vaquera de la Finojosa.
La vida de Juan Soldado
La llave de oro.
La pluma y la espada.

Los pobres de Madrid.
La ninfa iris.
Libertinaje y pasion.

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano,
Mariana Labarlu.
Mi suegro y mi mujer.
Marta la flamenca.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!
Navegar á la ventura.
No es oro todo lo que reluce.

Oráculos de Talia.
Olimpia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.
Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Rival y amigo.

San Isidro (*Patron d Madrid*)
Su imágen
Simpatia y antipatia
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos

Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.
Todos unos.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en diez minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una lagrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una leccion de mundo.
Una noche en blanco.
Una mujer de historia.
Una ráfaga.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Amor y misterio
A ultima hora
Alumbra á este caballero.
A Rusia por Valladolid.
Angélica y Medoro.

Catalina.
Claveyina la Gitana.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Carlos Broschi.
Cupido y Marte.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Diez minutos de reinado.

El Vizconde.
El trompeta del Archiduque
El amor y el almuerzo.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El delirio.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
El sueño de una noche de verano.
Escenas en Chamberi.
El ensayo de una ópera.
Entre dos aguas.
El esclavo.

El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El perro del hortelano
El Sonámbulo.
El diablo en el poder.
El lancero.

Guerra á muerte.
Galanteos en Venecia.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Gato por liebre.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La Espada de Bernardo.
La Cotorra.
La cola del diablo.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Caceria real.
Los jardines del Buen Retiro.
La hija de la Providencia.
Los Comuneros.
Los dos ciegos.

La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita.
La flor de la serrania
La Zarzuela.
La corte de Mónaco.
Los Madgyares.

Moreto.
Mis dos mugeres.
Marina.
Mateo y Matea.

Pedro y Catalina, ó el Gran Maestro.
Pablito. (Segunda parte de D. Simon.)

Tres para una.

Un sombrero de paja.
Un dia de reinado.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.